

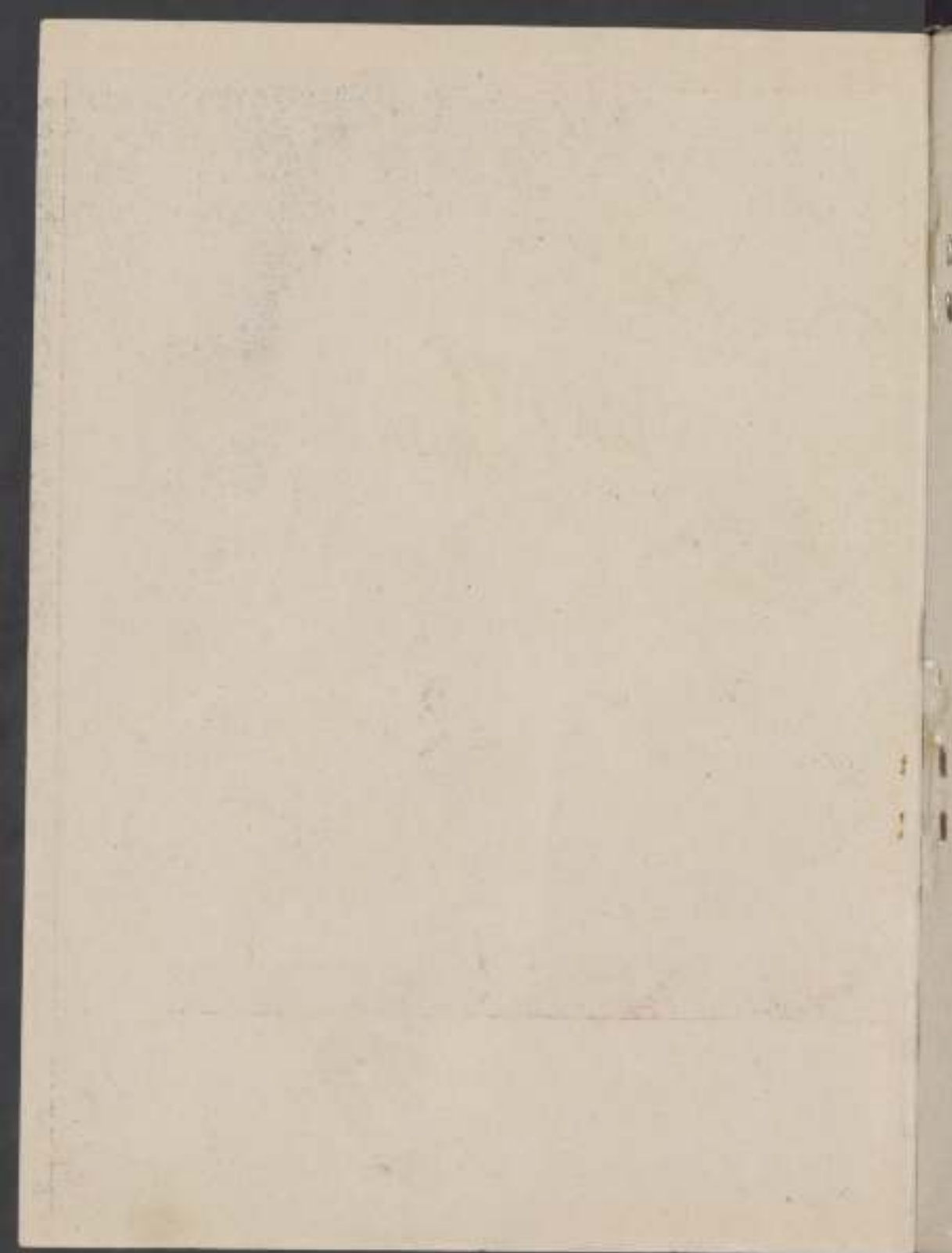
Editorial **APAS**

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS \*  
*Serie Especial*

GARY  
**GRANT**  
ALEXIS  
**SMITH**



**Noche y Día**





NOCHE Y DIA

Reservados los derechos de  
traducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO

Valencia, 334 - Teléfono: 70637

BARCELONA

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAQUER

Aportado 707 " BARCELONA " Teléfono 70607  
Valencia, 234 " Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería  
Barbareda, 14, Barcelona - Tormer, 4, Madrid

EDITORIAL  
"ALAS"



AÑO XXVI

SERIE ESPECIAL

NUM. 139

NUM. 388

## NOCHE Y DIA

Cole Porter es uno de los más famosos compositores de música moderna y algunas de sus canciones, como «Noche y Día» y «Begin the Beguine», han llegado a alcanzar fama mundial. Por otra parte, su accidentada vida, desde que abandonó sus estudios en la Universidad de Yale hasta su triunfo en Broadway y Hollywood, proporciona un argumento ideal para ser llevado al cine con el acompañamiento de sus mejores obras musicales.

Warner Bros, a los veinte años del descubrimiento del cine hablado, quiso producir una película en la que se pusieran de relieve los perfeccionamientos adquiridos por la industria cinematográfica en el campo del sonido, la música y el color. Para ello escogió la biografía de Cole Porter, produciendo un espectáculo grandioso, a la par que interesante y humano.

EDITORIAL ALAS se honra en ofrecer a sus lectores una perfecta novelización de esta película, la cual marca un hito en la historia de la cinematografía.

### SUCURSALES

BARCELONA:

Paseo de Gracia, 77

MADRID:

Plaza del Callao, 4-9-C

VALENCIA:

Cirilo Amorós, 29



### SUCURSALES

SEVILLA:

Reyes Católicos, 25

BILBAO:

Calle Ercilla, 16, bajos

Agentes en Palma de  
Mallorca y Las Palmas

PRINCIPALES INTERPRETES

---

<i>Cole Porter</i> . . . .	<b>Gary Grant</b>
<i>Linda Lee</i> . . . .	<b>Alexis Smith</b>
<i>En persona</i> . . . .	<b>Monty Woolley</b>
<i>Carole Hill</i> . . . .	<b>Ginny Simms</b>
<i>Gracie Harris</i> . . . .	<b>Jane Wyman</b>
<i>Gabrielle</i> . . . .	<b>Eve Arden</b>
<i>Ward Blackburn</i> . . . .	<b>Donald Woods</b>
<i>Cantante</i> . . . .	<b>Carlos Ramirez</b>
<i>Anatole Giron</i> . . . .	<b>Victor Francen</b>
<i>Leon Dowling</i> . . . .	<b>Alan Hale</b>
<i>Nancy</i> . . . .	<b>Dorothy Malone</b>
<i>Bernie</i> . . . .	<b>Tom D'Andrea</b>
<i>En persona</i> . . . .	<b>Mary Martin</b>

---

Director:

**Michael Curtiz**

---



## EL REBELDE

Monty Woolley, profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de Yale, se acarició pensativo la bien cuidada barba, dispuesto a soportar —paciente y humorísticamente— el chaparrón que le esperaba. Hallábase en la Sala de Juntas de los catedráticos y el rector había tomado la palabra.

—Nosotros, sus colegas —decía—, confiábamos en que usted seguiría un ejemplo de dignidad y eficiencia para todos. Mas, por desdicha, toda su atención parece estar exclusivamente enfocada hacia los partidos de fútbol...

—Y pierde el tiempo escribiendo vulgares cancioncillas—añadió uno de los profesores, quizá envidioso de la popularidad de Woolley.

—Eso sin mencionar el Teatro Follies y a sus coristas—insinuó otro, con venenosa intención.

—Además, llega con retraso todas las mañanas—dijo el rector, satisfecho de la cooperación que encontraba en sus subordinados.

—He compensado esos retrasos... saliendo muy temprano por las tardes—contestó Woolley, con acento virtuoso.

La respuesta tan descarada del amonestado profesor, colmó

la indignación del rector. Sacó de su carpeta una caricatura hecha por algún alumno, en la que se veía a Woolley en actitud muy poco académica.

—¡Y aquí tenemos la palpable demostración del poquísimo respeto que su conducta inspira a sus discípulos! Es lamentable.

—El parecido es extraordinario—opinó Monty, sonriendo.

—¡Es exacto!—rugió el rector, exasperado por la ironía de aquel hombre—. Espero que, de ahora en adelante, dedicará todo su tiempo a sus clases de Derecho. En caso contrario, esta Junta se verá obligada a adoptar las más graves medidas contra usted.

Monty Woolley se llevó la mano al corazón y, con aparente humildad, respondió, inclinándose al mismo tiempo:

—Nadie mejor que yo comprende la conveniencia de que se conserve la dignidad necesaria para la perpetuación de las sacrosantas y venerables tradiciones de Yale. Señores...

Y Monty Woolley salió de la sala, dejando a los allí presentes con la desagradable impresión de que se había estado burlando de ellos. No se equivocaban, desde luego, porque el bienhumorado profesor recorrió sonriendo los largos corredores de la Universidad, sin que, al parecer, se sintiera mayormente impresionado por la filípica de su superior. Al fin salió a la amplia explanada donde la mayor parte de los alumnos y todos los grupos deportivos celebraban un concurso para elegir el himno más apropiado entre los varios presentados por los alumnos.

La llegada de Monty fué acogida con el mayor alborozo y grandes aplausos. Subió al tablado y se llevó a la boca una enorme bocina gracias a la cual pudo presentar a los coros que interpretaban las canciones entre las que se debía escoger la más animosa y notable para ser utilizada por el equipo de fútbol en su próximo encuentro con sus eternos rivales de la Universidad de Harvard.

Y, poco después, Monty Woolley anunció:

—¡Señores, les ruego que presten la mayor atención al himno que, según espero, será un canto profético y de mal agüero para nuestros amigos de una obscura escuela preparatoria llamada Harvard! Como número final en el concurso de hoy, me proporciona un placer presentar a ¡Cole Porter!—y dedicó un guiño amistoso



a un joven que sostenía por la correa a un feo perro de presa—. Su grupo coral interpretará la «Canción del Bulldog».

Bajo la dirección de Cole Porter, sus compañeros comenzaron a cantar y, casi en seguida, todos los alumnos se dieron cuenta de que era aquél, precisamente aquél, el himno que necesitaban para que los acompañase en sus victorias sobre Harvard.

Y así Cole Porter triunfó por vez primera en Yale... como compositor, ya que no como alumno. Y también fué su último triunfo en la Universidad.

\* \* \*

Asomados a la ventanilla de su departamento del ferrocarril, Monty Woolley y Ward Blackburn, estudiante de Medicina, intentaban descubrir a Cole Porter que, como de costumbre, se retrasaba. Habían sido invitados a pasar las vacaciones de Navidad en la mansión de los Porter, en Indiana, pero su huésped no aparecía y el tren iba a emprender la marcha un minuto más tarde.

Gracie Harris, una bonita muchacha que había cantado algunas de las canciones de Cole Porter en el teatrillo donde trabajaba, tampoco podía disimular su impaciencia.

—¿Enseñan algo en su Facultad de Medicina que pueda explicar la locura de Cole?—preguntó Monty Woolley.

—No, la Medicina aun no ha llegado a resolver casos tan difíciles—respondió Ward, meneando apesadumbrado la cabeza.

En aquél momento, vieron a Cole que llegaba sin apresurarse, como si le sobrara el tiempo. Aceptó el abrazo de Gracie y comentó:

—Eres una sentimental.

—No sabes lo que me gustaría pasar las Navidades en Indiana, contigo.

El la besó amistosamente en la nariz, fingiendo no advertir la ternura que había en el acento de la muchacha, y, bromeando, repuso:

—Serías el mejor adorno del paisaje... pero, ¿qué le ocurriría al gran teatro americano si tú desertaras?

—Debo sacrificarme por el arte, es verdad—asintió Gracie, adoptando el mismo tono frívolo de su amigo.

Éste le entregó un paquete que contenía un regalo, y dijo:

—Es para ti, no lo abras hasta... ¡Caramba, aquí están!—exclamó al divisar a Ward Blackburn y a Monty que lo esperaban pacientemente.

—¿Quiénes son?—preguntó Gracie.

—Un futuro matasanos y el profesor Woolley. Sí, vienen conmigo—explicó—. En una semana debiera empollar tres cursos de Derecho. Parece que mi cerebro ha estado ocupado en otras cosas. Y los suspensos... Bueno, te agradezco lo bien que cantaste mi última canción.

—Envíame otras y te haré famoso.

—Eres maravillosa, Gracie.

El jefe de estación lanzó un aullido para indicar que el tren se iba a poner en marcha, y Cole Porter, después de besar rápidamente en la mejilla a Gracie, saltó al estribo.

—¡Felices Pascuas! ¡No te olvides de mí!

—¿Vienes con nosotros, Cole?—preguntó Monty Woolley suavemente.

—¿Llego tarde? ¿Llego tarde?

Y Cole se asomó a la ventanilla para despedirse otra vez de Gracie, que apenas podía dominar sus lágrimas. Monty le dirigió un saludo versallesco y dijo:

—Feliz Navidad, querida.

—No te olvides de afeitarte, Cole—respondió Gracie, burlescamente.

# VACACIONES NAVIDEÑAS

La nieve cubría la comarca donde se hallaba el hogar de los Porter, en Indiana; el profesor Woolley, acompañado por Ward Blackburn, regresó tiritando de su paseo por el bosque y sonrió a la señora Porter que salía a recibirlos.

—¡Algo horrible, señora!—se lamentó—. Ese muchacho me ha llevado por los peores caminos. Hice tan rápidamente el equipaje—añadió sonriendo—que no me traje más que un par de pies.

—Como médico del grupo—contestó Blackburn—le receté aire puro y mucho ejercicio.

—Pues, desde ahora en adelante, le ruego que se guarde para usted mismo todas sus teorías higiénicas—gruñó Monty, con fingido enojo.

—¿Qué le parece una copita de Jerez, profesor?—preguntó, sonriendo, la señora Porter.

—Que al fin he encontrado a una mujer de corazón—repuso Monty restregándose las manos.

—Creía que usted no bebía nunca antes de comer—observó Blackburn.

—Desde luego, pero ahora tenga en cuenta que beberé antes del desayuno.

Al entrar en la casa los dos hombres se cruzaron con Cole que salía a dar un paseo a caballo con Omer Porter, su abuelo, famoso abogado y caballero muy agradable y distinguido. Y, en cuanto se hubieron alejado de los alrededores de la mansión, ya en pleno bosque navado, el anciano señor dijo:

—Tenemos que hablar con franqueza, muchacho. Estoy muy descontento de las notas que has logrado este año. Pienso hablar sinceramente con el profesor Woolley. El hecho de que lo hayas invitado a pasar aquí estas fiestas indica, por lo menos, un interés en tus estudios que me complace mucho.

Cole escuchó en silencio el corto discurso de su abuelo y, cuando éste hubo terminado, detuvo el caballo y contestó con firme acento:

—Nunca he deseado ser abogado.

—¡Pero si obtendrás el título antes de un año!

—Temo que no sea así. No volveré a Yale—anunció—. Me he esforzado en estudiar con la mejor voluntad, pero todo es inútil.

—Así, pues, ¿qué piensas hacer?

—Escribir música.

—Mi querido Cole—repuso el viejo caballero después de breve pausa, durante la cual, al parecer, se esforzó en poner en orden sus encontrados sentimientos—, yo también fui víctima de ideas por el estilo cuando era joven. —Sonrió para sí mismo, recordando sus pequeñas aventuras y su afición a las cosas del teatro.— No serías mi nieto si así no fuera; el caso es, sin embargo, que, durante mi larga vida, he reunido algún dinero y numerosas responsabilidades que habré de traspasar a otra persona... Y siempre he contado contigo.

—No sabes cuánto lo lamento, abuelo, pero yo no puedo hacerme cargo de todo eso. He tomado ya una firme decisión.

Así terminó el asunto, por el momento, y los dos hombres, muy disgustados, interrumpieron el paseo para volver a la casa. Ante ella había un trineo arrastrado por un excelente caballo y, en el umbral, una hermosa muchacha que a Cole le pareció su prima Nancy —también invitada a pasar allí las vacaciones de



Navidad—, a la que no viera desde los días de su infancia y cuya llegada le anunció su madre. Agradablemente sorprendido por su nueva belleza, se acercó a ella y, después de besarla en la mejilla, exclamó:

—¡Hola, Nancy! De veras, te has convertido en una mujer muy guapa. ¿Dónde están las gafas y los hierros que llevabas en la boca para corregir tu dentadura?

—Pues, no sé...—contestó la joven, muy sorprendida.

El comenzó a sospechar que acababa de cometer una equivocación y, antes de que pudiera disculparse, oyó pasos a su espalda y otra muchacha, también muy linda, le dió un abrazo diciéndole:

—¡Cole! No has cambiado en lo más mínimo.

—En tal caso, ¿quién es...?—preguntó Cole señalando a la joven que acababa de besar.

—Es la señorita Lee, Linda Lee. Este es mi primo Cole—explicó Nancy a su amiga—. No lo conocías, ¿verdad?

—¡Oh, se ha presentado él mismo!—respondió Linda sonriendo.

—Y ha sido una presentación estupenda—exclamó Cole, tomando a las dos muchachas por el brazo para entrar en la casa.



En el lujoso y confortable salón se había instalado un soberbio árbol de Navidad cargado de regalos que comenzaron a repartirse entre los familiares e invitados. Monty se lamentó al abrir otro de los que le habían correspondido:

—Cada año me regalan cuatro o cinco navajas de afeitar. Y este año... ¡siete!

—Y, con ésta, serán ocho—respondió Cole entregándole su regalo.

Luego, mientras los demás continuaban abriendo sus peque-



tes y cambiando alegres comentarios, se acercó a su madre y murmuró apenado:

—Temo haberle amargado las Navidades al abuelo, mamá.

—Ya me lo ha dicho esta tarde. Pero eso había de ocurrir un día u otro. ¡—

—No puedo evitarlo, mamá—exclamó Cole impulsivo—. No podría instalarme aquí para vivir de su dinero, pensando constantemente en lo que habría hecho en caso de haber probado fortuna por mi cuenta. Desde luego, conseguiría fácilmente mi título y quizá fuera un abogado vulgar, pero nunca un buen hombre de leyes. Tal vez no puedas comprenderme, mamá, pero cada vez que cojo un libro de Derecho, oigo una música. Cada ley que leo se convierte en un poema lírico. No sé cómo ocurre o de dónde viene, pero es así, y no puedo evitarlo.

—Te entiendo muy bien, hijo mío—repuso su madre acariciándole el cabello—. ¿Recuerdas la canción que escribiste el verano pasado?

—Sí; ¿por qué lo preguntas?

La señora Porter señaló el árbol de Navidad, al pie del cual había un cajón de madera en el que se guardaban una serie de tomos de Derecho, regalo de Omer Porter a su nieto.

—Allí, junto a los libros del abuelo, hay un paquetito para ti.

Cole se apresuró a recogerlo y, agradablemente sorprendido, vió que era una partitura, muy bien impresa, de una de sus primeras canciones, titulada: «En un viejo jardín». Emocionado, besó a su madre y exclamó:

—¡La has hecho editar!

—Yo supe, mucho tiempo antes de que tú lo averiguaras, que jamás serías un abogado. Anda, tócala—añadió la buena señora empujándolo hacia el piano.

Cole tomó asiento ante el instrumento y sus dedos resbalaron sobre el teclado. Luego se interrumpió para decir:

—Eres muy buena, madre, pero...

—Vénos, tócala. En Indiana, todo el mundo la conoce.

—¿De veras?

—Sí y me encantará oírla.

Todos callaron para escuchar aquella música subyugadora, con la cual Cole había querido describir el aspecto del anchuroso y romántico jardín de su hogar de Indiana. La señora Porter la cantó con voz muy agradable y los brillantes ojos de Linda Lee se posaron en los de Cole, quien le devolvió la mirada colmada de toda clase de promesas para un porvenir repleto de dicha.

## EL FRACASADO

Cuando el tren se acercaba a Nueva York, Cole Porter sintió cierto temor y, por un momento, quizá lamentó haber tomado tan grave decisión. Ante él se erguía una montaña de dificultades que se oponían al buen término de sus proyectos. Hasta entonces, la música había sido un placentero entretenimiento para él; la distracción de un muchacho rico que podía permitirse el lujo de perder unas horas al día para componer cancioncillas que su amiga Gracie interpretaba en un pequeño teatro. Mas ahora se disponía a enfrentarse con un mundo desconocido y hostil. Sobraban compositores que luchaban denodadamente para cerrar el paso a los posibles rivales. No obstante, Cole confiaba en sí mismo y en su música. Había comprobado que cuanto compusiera hasta entonces no tardó en hacerse popular, a pesar de la falta de partituras impresas y de orquestas que interpretarían sus canciones. ¿No triunfó en Yale su «Canción del Bulldog», aunque se habían presentado otros muchos himnos?

Pero, si andaba sobrado de esperanzas, no le ocurría lo mismo en lo referente al dinero. Al anunciar a su abuelo la decisión que había tomado de abandonar sus estudios para probar fortuna en la música, añadió su deseo de renunciar a la subven-

ción que recibiera hasta entonces, pues no le parecía correcto seguir percibiéndola después de haberle dado tan gran desengaño. Omer Porter conocía bien a su nieto —muy parecido a él mismo en la firmeza de carácter— y no insistió, aun cuando preveía y lamentaba las dificultades que tendría el muchacho para ganarse la vida, puesto que, hasta entonces, había vivido sin ninguna clase de preocupaciones de carácter económico.

Tampoco aceptó la ayuda de su madre, y así, tan sólo con un puñado de dólares en el bolsillo, abandonó su hogar de Indiana y, acompañado por Monty Woolley, inició la aventura.

Al pensar en su amigo que, de edad ya madura, lo acompañaba en aquella disparatada tentativa, después de haber echado por la borda su respetable y bien retribuida carrera de profesor de Yale, Colo recobró todo su valor, pues se daba cuenta de que Monty había tomado aquella decisión porque confiaba absolutamente en su genio y en su capacidad de hacer buena música. Por consiguiente, no debía ni podía fracasar. Tenía la obligación de salir adelante y demostrar a Monty que no se había equivocado al confiar en él.

Tenía ya preparados algunos números y, en cuanto llegaron al modesto hotel elegido en Nueva York, Colo comenzó a escribir los que le faltaban, mientras Monty, en su nueva función de director teatral, les ponía la letra y trazaba a grandes rasgos los planes para cada uno de los cuadros. El título elegido para la revista era el mismo de una de las canciones principales: «Primero conoce América». Y, a medida que progresaba el trabajo, el joven se maravillaba del ingenio y recursos teatrales que tenía su ex profesor, que parecía un profesional de las fables y no un erudito catedrático de Derecho.

Poco a poco se iban perfilando los números de aquella revista y Monty estaba entusiasmado, asegurando al novel compositor que su música iba a triunfar en toda la línea, que muy pronto serían los reyes de la dorada bohemia de Broadway y que, inmediatamente después, todos los empresarios de las principales capitales del mundo iban a perseguirlos pidiéndoles que trabajasen para ellos.



Una semana más tarde, los dos amigos se lanzaron a la calle en busca de un pequeño «detalles» que les faltaba: dinero. Y lo precisaban en grandes cantidades. La primera víctima de sus actividades fue el almacén de indumentaria de uno de los principales comerciantes de la calle 42. El señor Wilowski los recibió fríamente y la llegada de su esposa contribuyó a reforzar el frente defensivo que se oponía a la petición de Cole Porter de que les facilitaran, a crédito, naturalmente, todos los trajes que necesitarían para vestir a los protagonistas y a las muchachas de la revista que proyectaban.

Entonces intervino Monty Woolley. La barba de éste era un arma eficaz, pues le daba un aspecto tan digno y respetable, que resultaba difícil no escucharlo y acceder a sus demandas.

—Por favor, señor Wilowski, déjeme hablar. Tenga en cuenta que no lo hemos elegido a usted por pura casualidad. Debe sentirse orgulloso por nuestra visita. Todo este asunto ha sido cuidadosamente meditado y preparado. Estamos proyectando una extravagancia musical llevada a una magnitud jamás imaginada siquiera por las mediocres inteligencias de Broadway. Por fortuna para ustedes, aun podemos aceptar algunas pequeñas aportaciones de capital, y como nuestros actores habrán de usar alguna ropa para representar la obra, hemos pensado en ustedes.

Aquella era una forma mucho más inteligente de presentar el asunto, y Wilowski escuchó con mayor interés. Incluso su mujer quedó fascinada por las dotes oratorias del barbudo caballero que parecía hacerles un favor pidiéndoles que les facilitaran gratuitamente trajes por valor de varios miles de dólares. Y Monty continuó diciendo:

—Sus vestidos, en combinación con la música del señor Porter, sentarán un glorioso precedente en la historia del teatro americano y eso constituirá un ejemplo para las futuras generaciones.

¿Era posible negarse a colaborar en tan magna empresa? No fue preciso emplear mucho tiempo para redactar las condiciones en que los Wilowski contribuirían a la revista de Cole Porter y, minutos más tarde, los dos amigos salieron de los almacenes con la promesa de que se les proporcionaría todo lo necesario a cam-



bio de una participación en los beneficios que parecían indudables.

Por desgracia, no estaba solucionado todo, ya que necesitaban dinero en metálico para efectuar los primeros pagos a los artistas, músicos, decoradores, etc. Y también fue Monty el que recordó a un respetable financiero, Horace Témpler, al que conociera años atrás en la Universidad de Yale.

Le siguieron la pista hasta localizarlo en un elegante club cercano a la Quinta Avenida. Un criado los llevó a un confortable salón donde algunos graves caballeros reposaban silenciosamente, hundidos en cómodos sillones tapizados de piel. Témpler recibió amablemente a Monty, estrechó la mano de Cole y se dispuso a escucharlos afablemente, convencido de que iban a pedirle veinte dólares para algún acto benéfico organizado por los alumnos y profesores de Yale. Pero pronto desapareció la sonrisa de sus labios al escuchar los proyectos artísticos de los dos amigos y la petición de tres o cuatro mil dólares.

Meneó negativamente la cabeza y dijo:

—No, no creo en las inversiones teatrales. Yo siempre he colocado mi dinero en empresas más seguras y prometedoras. Propiedades, fincas, acciones...

—¿Pretende dejar al teatro americano atravesado en cincuenta años sólo por culpa de su anticuado carácter conservador?—preguntó Monty Woolley, mirándolo severamente.

Y, conociendo la camaradería y espíritu de clase que Yale infunde en todos los que han estudiado allí, añadió un argumento de peso:

—Al fin y al cabo, Cole es un hombre de Yale...

Horace Témpler miró al joven compositor y, sonriendo, admitió:

—Bien; si lo plantea así, no tendré más remedio que prestarles mi ayuda.

Y levantó su copa para brindar con ellos por el éxito de su proyecto.

No fue aquélla la última de las visitas que hicieron Cole y Monty. Al llegar la noche, ambos estaban fatigados y sólo pen-

saban en tenderse en sus camas y dormir largas horas hasta que desapareciera su cansancio. Y como el calor apretaba, Monty propuso entrar en una taberna cercana al hotel para tomar un buen vaso de cerveza. El propietario, Joe Conrad, era un hombrecillo amable que se apresuró a servirles antes de que ellos hubieran hablado.

Monty tuvo una genial inspiración. Dirigió una mirada a su alrededor, vió que había muchos clientes, y observó:

—Siempre ha hecho usted buen negocio, ¿verdad, Joe?

—No puedo quejarme, señor Woolley. En realidad—añadió confidencialmente—, pienso en una ampliación del local.

—¿Una ampliación?—repitió Monty dando un codazo a Cole para que prestara atención—. Pero eso resultaría muy caro, ¿no?

—Estoy dispuesto a gastar hasta veinte mil dólares—confesó Joe satisfecho—. Quiero hacer algo grande.

—Oiga, Joe, tenemos que hablar con usted—le interrumpió Monty.

Así, el propietario de la taberna se convirtió en uno más entre los asociados que contribuían con su dinero a la obra que preparaban.

## LOS PRIMEROS ENSAYOS

Instalaron su cuartel general en los salones de Fred Polansky. Era, en realidad, una especie de enorme almacén donde se celebraban bailes, combates de boxeo, bodas, reuniones más o menos intelectuales o banquetes populares. Polansky ponía las cuatro paredes por un módico alquiler y los demás cuidaban del resto.

Monty y Cole buscaron un piano y algunas sillas, pusieron unos anuncios en la prensa pidiendo muchachas bonitas y esperaron.

Por la tarde tenían ya a un centenar y Monty las examinó atentamente, con la severidad de un general que inspecciona sus tropas. Luego leyó en voz alta la lista que había confeccionado y añadió:

—Las muchachas cuyos nombres he mencionado me harán el favor de quedarse. Las demás... Bueno, adiós, muchas gracias por haber venido y que tengan más suerte en otra ocasión.

—¡Eso es humillante!—gritó una mujer de alta estatura y descarados ademanes—. Llevo diez años en Broadway y jamás he sido rechazada.

Miró con intenso desprecio a Monty, dándose cuenta de que era «nuevos» en negocios de teatro, y le preguntó:

—¿Qué hacía usted antes de dedicarse a este trabajo?

—Me dejaba crecer la barba—respondió Monty sin inmutarse.

Cole, por su parte, se había sentado al piano para ayudar al ensayo de las muchachas admitidas, y era frecuentemente interrumpido por dibujantes, modistos y coreógrafos que le mostraban sus apuntes o deseaban conocer su opinión. Reinaba allí lo que Monty hubiese llamado «un desorden muy bien organizado», porque, indudablemente a pesar de la confusión, el polvo y el ruido, todo marchaba por buen camino y, poco a poco, se perfilaban los principales rasgos de la revista.

De repente se abrió la puerta y una muchacha muy graciosa, de ojos vivos y narizilla respingona, entró en la sala y, apartando a derecha y a izquierda a las conistas, corrió hacia el estrado para abrazar y besar a Cole.

—¡Caramba, Gracie, no te esperaba!

—¿Se ha vuelto loca?—preguntó una joven que estaba junto al piano.

—No se preocupen, chicas; soy su madre—exclamó Gracie Harris echándose a reír.

—¿Cómo te ha ido durante todo ese tiempo?—le preguntó Cole.

—¡Oh, muy bien! Verás; estaba envolviendo un pavo en un trozo de periódico cuando lei tu anuncio. ¿Quién podía imaginar que tú ibas a montar una revista?

—He trabajado mucho—respondió Cole señalando el montón de partituras que tenía sobre la tapa del piano.

—¡Vaya sorpresa! No querrás hacerme creer que tú has escrito todo eso...

—Te lo aseguro.

—¿Hay algo para mí, Cole?

—Puedes escoger.

Gracie no se hizo repetir la invitación y tomó algunas de aquellas partituras, cuyos títulos leyó entre dientes.

—«Primero conoce América»... «Tú lo tienes»... «Vamos a hacerlo»... Bien; éste es un título animoso. ¿Qué estamos esperando? ¡Vamos a hacerlo!

Repasó rápidamente la letra de la canción, y casi en seguida comenzó a cantarla, acompañada al piano por Cole. Todos la escuchaban en silencio y comprendieron en seguida que aquella linda muchacha iba a ser la estrella de la revista.

Todos escuchaban... menos Monty, porque éste acababa de oír más allá de la puerta el murmullo de numerosas conversaciones y la aguda vocecilla de Polansky. Acudió a su encuentro y encontró al dueño del salón hablando con un caballero vestido de punta en blanco, pero con elegancia muy chabacana.

—No se preocupe; los echaré en seguida—aseguraba Polansky.

—¡Eh! ¿Qué significa eso?—preguntó Monty.

—Significa que, antes de siete minutos y medio, todos ustedes habrán de largarse.

Monty Woolley miró a las dos docenas de personas que estaban aguardando el resultado de la discusión y dijo:

—Si no me equivoco, Polansky, nos quedan aún treinta minutos de la hora que contratamos.

—Queda anulado el contrato—gritó Polansky, que parecía muy apurado—. ¡Siete minutos y medio! Ni uno más.

—Pero, ¿por qué?

—Tengo una boda. Una boda muy elegante.

Y señaló a los que estaban aguardando. Hombres y mujeres vestidos de acuerdo con la moda ramplona de los suburbios, aunque estaban muy satisfechos de su aspecto.

—¿Quiere usted decirme que una pareja de dementes va a unirse con los lazos nupciales en este nido de murciélagos?—preguntó Monty burlescamente.

—Siete minutos y medio—insistió Polansky consultando su enorme reloj de bolsillo.

—Bueno, bueno. Estoy seguro de que media hora de retraso servirá solamente para abrir el apetito de todos los interesados—contestó Monty con acento conciliador.



—Oiga usted, dentro de media hora, el sol entrará por la ventana—observó Polansky—. Entonces, el novio verá claramente a la novia... y la boda puede deshacerse. ¡Quedan seis minutos!

—Un momento; le voy a hacer una proposición.

Habló en voz baja al oído de Polansky y luego volvió a la sala donde Gracie acababa de cantar su canción. Cole estrechó las manos de la joven y exclamó:

—¡Magnífico! Eres diferente. ¿Qué te ha ocurrido?

—He sufrido. Amores contrariados... —respondió ella haciendo una mueca irónica.

—Quiero comunicarte algo importante —dijo Monty interrumpiéndolos.

—Sin duda recordarás al profesor Woolley, Gracie.

—Sí—contestó la muchacha.

—Ahora es el director Woolley—le explicó Cole.

—Tanto gusto en conocerlo... Creo que, esta vez, Cole ha dado en el clavo—añadió—. Y será un éxito si lo canto yo. ¡Imaginense a Gracie Harris en Nueva York!

—Lo puedo imaginar perfectamente sin practicar ninguna gimnasia mental, niña—replicó Monty.

Se volvió a las coristas y exclamó:

—Nada más por hoy, señoritas. El ensayo continuará mañana, a la misma hora.

—¿Qué ocurre, Monty?—preguntó Cole—. Recuerda que no tenemos dinero para mañana.

—Todo está arreglado. He llegado a un acuerdo con Polansky. El nos cederá el local por un día más si tú tocas el piano para su boda «elegante».

—¿Qué boda?—preguntó Cole.

—No hagas preguntas y empieza con «Lohengrin». ¡Ahí viene la novia!

Se abrió la puerta del salón para dar paso al lucido cortejo y Cole se apresuró a interpretar al piano una sonora y solemne marcha. Haciendo un guiño a Gracie, murmuró:

—Perdóname, Gracie. He de pagar el alquiler.

Y apenas pudo contener la risa al ver cómo los novios y su séquito avanzaban, llenos de respetabilidad, abriéndose camino por entre la abigarrada e informal masa de las asombradas coristas.

### UN TRIUNFO INTERRUPTIDO Y ...

—¡Todos a punto! ¡De prisa! ¡Van a levantar el telón! ¡Adelante, muchachas!... ¡Preparados!

Reinaba gran agitación en el teatro, y Monty Woolley, con su bien peinada barba y vistiendo un elegante frac, no contribuía ciertamente a imponer un poco de orden entre la multitud de artistas que pululaban por el escenario y los camerinos, dominados todos por el nerviosismo propio de las noches de estreno.

Antes de cinco minutos iba a levantarse el telón y, a partir de aquel momento, los dos rebeldes —Monty Woolley, que abandonó su cátedra para convertirse en director teatral, y Cole Porter, que renunció a la abogacía y, con ella, a la tradición familiar— iban a saber si habían acertado al confiar en su genio o bien fracasarían estrepitosamente.

«¡Hoy!» «¡Primero conoce América!» Los letreros luminosos parpadeaban en la fachada del Broadway Theatre y la gente se apeaba de sus carruajes para llenar todas las localidades del local. Brillaban las joyas en los blancos escotes de las mujeres y el aspecto de la sala hizo subir en varios grados el entusiasmo de Cole y de Monty. Allí estaba el «todo Nueva York» elegante,

ansioso de divertirse y de olvidar la horrible guerra que destruía a Europa y que amenazaba con afectar también a los Estados Unidos.

Sí; el éxito era seguro y los dos noveles no querían recordar ahora su martirio y peregrinaje, cuando se propusieron montar la revista sin disponer aún de capital o de relaciones. Por fortuna, Monty se había revelado como hombre dotado de inagotable poder de persuasión, y sólo gracias a sus esfuerzos se consiguió el dinero y el crédito necesarios.

Los dos amigos salieron al patio de butacas con el deseo de saludar a algunos amigos y, en un palco, vieron a Linda Lee, acompañada por Nancy y Ward Blackburn.

—Buena suerte, Cole—le deseó Linda estrechándole la mano.

—Gracias. No puedo decirte cuánto te agradezco que hayas venido.

—Me parece tan emocionante, que por nada del mundo habría dejado de venir—repuso ella.

—Tu madre también quería venir, Cole—observó Nancy—; pero no consiguió convencer a tu abuelo.

—Temo que nunca podrá perdonarme—suspiró Cole.

—Toda la cuadrilla de Yale está ahí, pendiente de tu obra—le recordó Ward.

—Espero que les gustará.

—Estoy seguro. Va a ser algo grande. ¿Cómo está usted, profesor Wolley?

—Muy bien, gracias.—Saludó a los ocupantes del palco y, luego, mirando a Blackburn, observó: —Tengo entendido que, desde que abrió usted su consultorio, ha aumentado el índice de mortalidad en el barrio.

—Es cierto—admitió Blackburn siguiéndole la corriente—. Me he especializado en curar resfriados de los niños y en los achaques de las solteras.

—Y, hablando de viejas solteras—lo interrumpió Cole, señalando a su linda prima—, ¿cómo van tus relaciones con Nancy?

—Ella misma se cuidó de elegir mi enfermera—contestó

Blackburn riendo—. Eso te dará una idea de cómo progresan las cosas.

—Va a subir el telón, Cole—le recordó Monty—. Vamos allá.

—Nos veremos luego—contestó Linda—. Hemos reservado una mesa en «Delmónico».

—¿«Delmónico»?—repitió Cole—. ¿No vamos a parecer algo extravagantes?

—No seas tonto—contestó Monty, llevándose hacia el escenario—. El maitre tiene una parte en la revista y nos servirá con descuento.

—Suerte, Gracie—dijo Cole a su amiga y primera estrella de la revista antes de que saliera a escena.

—La tendremos, Cole, te lo aseguro. Has hecho algo estupendo.

Luego, de repente, se levantó el telón y comenzó el primer cuadro que, inmediatamente, fué bien acogido por los espectadores. Desde entre bastidores, el autor y el director artístico acechaban los rostros de los ocupantes de la platea y, muy satisfechos, observaron que todos estaban atentos y, aparentemente, divertidos.

—¡Hola, Broadway!—murmuró Monty, indicando así que ya formaban parte de los triunfadores del populoso barrio de los espectáculos neoyorquinos.

—¡Adios, pobreza!—suspiró Cole.

Gracie Harris actuaba con gracia, agilidad y simpatía. Era aquella «su» ocasión, la oportunidad de convertirse en una famosa estrella y...

Pero, ¿qué pasaba? Tanto le protagonista de la obra como sus autores observaron, alarmados, que los espectadores comenzaban a hablar en voz baja y pronto todo el mundo se desentendió de la función y aún algunos hombres se pusieron en pie para acudir al encuentro de otros. El murmullo de las conversaciones y comentarios casi conseguían apagar la linda voz de Gracie y la música de la orquesta.

Valientemente, Gracie continuó cantando, aun dándose cuen-



ta de que nadie le prestaba la menor atención, pues aumentaba por momentos la inquietud del público. Mucha gente se dirigía rápidamente hacia la salida y, cuando cayó el telón, no se oyó ningún aplauso y, en cambio, se apresuró la retirada de los últimos espectadores.

—¿Qué ha ocurrido, Gracie? —preguntó Cole cuando ella llegó a su lado.

—Debe de haber una función mejor en el vestíbulo —comentó ella, con amargo acento, sin explicarse aun la razón de su fracaso, que atribuía, quizá, a su poca habilidad en las tablas.

—No, no ha sido culpa tuya, Gracie—protestó Cole—. ¿Has oído eso?

Alguien gritaba en la sala:

—¡Han hundido al «Lusitania»! ¡Lo han hundido! (1)

—Ahora lo comprendo todo—gruñó Monty, encasquetándose el sombrero de copa—. Por mi parte, me voy a «Delmónicos».

Cole Porter, abrumado por el injusto fracaso de su primera aventura en el mundo del arte, permaneció largo rato en el teatro, hasta que se quedó solo y, al fin, suspirando, salió al vestíbulo, pues no estaba de humor para recibir las manifestaciones de pesar de sus amigos.

Y, en el vestíbulo, encontró a Linda, esperándole.

—Nos esperan en «Delmónicos»—dijo ella.

Estaba lindísima con su traje de noche y una capa de piel blanca, y Cole dijo que era ella la única persona que podía proporcionarle algún consuelo en aquel amargo momento.

—Gracias por haberme esperado. Lo cierto es que no deseaba ver a nadie.

—¡Extra, extra, extra!—gritaban los vendedores del periódico—. ¡Con el hundimiento del «Lusitania»! ¡Centenares de muertos...!

---

(1) El hundimiento del transatlántico «Lusitania», en el que viajaban numerosas turistas norteamericanas, por un submarino alemán durante la primera guerra mundial, fue una de las principales razones de que los Estados Unidos lucharan contra Alemania.

—La función era preciosa— murmuró Linda—. Y tendrás otros éxitos en el futuro.

—No lo creo. No me interesa el futuro.

—Nadie tiene la culpa. Brindaremos con champaña, ¿eh?

—Yo brindaré con cerveza agria.

—Eres un compositor de Broadway y, de ahora en adelante, sólo debes beber buen champaña.

Y mientras caminaban lentamente por la acera, oyendo los gritos de los vendedores de la prensa, ella añadió:

—Por lo menos, te has demostrado a tí mismo que sabes escribir música, una música excelente... No me escuchas— exclamó deteniéndose de pronto.

—Perdóname. No te escuchaba. Pienso en Tommy Farnsworth, un compañero de Yale. Se dirigía a Francia para incorporarse a su ejército. Y yo creo que...

Ella adivinó en el acto lo que se proponía. Huir de Broadway, que siempre le recordaría aquella noche, horrible para sus esperanzas, y ocupar el puesto que Farnsworth dejaba vacante.

—Me lo figuraba, Cole—suspiró ella—. Tomas las decisiones con gran rapidez, ¿no es cierto?

—A veces sí.

Ella guardó silencio y ambos continuaron caminando durante algunos minutos, hasta que Linda, dominada ya su emoción, abrió el monedero y, sacando una cigarrera de oro, se la entregó diciéndole:

—¡Qué tonta soy, Cole! Con tantas emociones, se me olvidó darte esto.

Cole la abrió y, en su interior, pudo leer:

«Con los mejores deseos de Linda en el estreno de SEE AMERICA FIRST.»

—Es preciosa, Linda! Pero yo, realmente, no debiera...

—No se admiten devoluciones, Cole. Hice grabar estas palabras.

—Pero, ahora, no sé qué puede ocurrirnos. No puedo prometerte...

—Dentro de algunos años, tú y yo sabremos a qué atenernos, Cole.

Y, cogidos del brazo, siguiendo su camino, ignorando lo que iba a depararles el futuro. El fracaso de sus ambiciones artísticas fué un duro golpe para Cole Porter. Le resultaba insoporrible la idea de continuar en América, pero la presencia de Linda, la única persona que podía comprenderlo, alivió su pesar y le infundió nuevas esperanzas.

---

Pida usted el

## CATALOGO GENERAL y SUPLEMENTOS

de



que lo recibirá gratis

## ESTALLA LA GUERRA

Las tinieblas de la noche eran rasgadas por el brillante resplandor de los cohetes alemanes. En la lejanía, el sordo latido de un invisible cañoneo. Sobre el fango y entre las ruinas de un pueblecito descansaban los soldados marroquíes del ejército francés. Ateridos de frío sin atreverse a encender una hoguera para no ser descubiertos por el cercano enemigo, los africanos cantaban a coro una triste y monótona canción, de ritmo subyugador y apasionado. Un capitán había tomado asiento sobre unas tablas y, a la luz de una pequeña bujía, provista de improvisada pantalla, escribía rápidamente en su libreta de notas. Nadie hubiera esperado que aquel militar famoso por su valor en cien batallas, admirado y querido por sus soldados, fuese un compositor que aprovechaba todos los breves y fugaces momentos de descanso para inscribir en su libreta algunas notas de música, gracias a las cuales podría componer las obras que le granjearían fama universal.

Su tarea, así como la canción de los tiradores argelinos, se vio interrumpida por el ominoso silbido de un proyectil de artillería que estalló un segundo más tarde levantando una columna de fango y de cascotes. Todos corrieron a refugiarse mientras

arreciaba el cañoneo y la metralla barria aquel lugar, sembrándolo de muertos y de heridos.

El capitán Cole Porter, voluntario americano en el ejército francés, cuidó ante todo de la seguridad de sus hombres, hasta que, de repente, sintió un agudo dolor en la pierna derecha y cayó sin sentido sobre el mal oliente barro de la trinchera.

\* \* \*

Era un antiguo castillo, situado en un lugar tranquilo y de hermoso paisaje, convertido ahora en hospital de sangre, al que llegaban incesantemente nuevos heridos procedentes de los hospitales de campaña situados más cerca del frente. Unos médicos y enfermeros reconocían someramente a los recién llegados, examinaban su ficha y, luego, los confiaban a las enfermeras para que los llevaran a las salas correspondientes.

Apoyado en sus muletas, Cole Porter esperaba pacientemente su turno y oyó cómo un hombre con bata blanca pronunciaba su nombre y ordenaba a una enfermera:

—Acompáñelo a los Rayos X, señorita...

—¡Cole, Cole! —gritó en aquel momento otra enfermera, acercándose a él.

Se volvió para encontrarse con Linda Lee, más bonita que nunca con su bata blanca y su cofia almidonada. Brillaban sus ojos de entusiasmo cuando estrechó su mano y Cole consiguió murmurar:

—Esta coincidencia... Parece que el uno haya seguido al otro.

—Yo llegué aquí primero que tú.

—Y yo que había esperado olvidar el pasado—suspiró él—. Tres años, tres mil millas de distancia y, de repente, te encuentro a ti.

—Voy a llevarte a tu sala, Cole. ¿Cómo va tu música?

—Ni siquiera he pensado en ella—mintió Cole.



—¿Que Cole Porter no ha pensado en su música?—preguntó ella incrédula—. Eso no está bien. Tendremos que cambiarte por completo.

—Mi música no tiene la menor importancia.

—¿Qué te propones hacer ahora?

—No tengo ningún proyecto—se tendió fatigado en la cama y añadió con triste acento:—Me limito a permanecer sentado y esperar que ocurran las cosas. Creo que incluso acabaré por ejercer la abogacía en Indiana. ¡Qué importa, al fin y al cabo!

A Linda le entristeció la desesperación y abulia que dominaba a su amigo y, meneando la cabeza, protestó:

—No me gustaría conocer a un abogado en Indiana con tu actual aspecto. Además, siempre estarías pensando en la música que dejaste de escribir. Bueno, ahora debo irme. Te pondrán el termómetro. Procura ser un buen muchacho.

Linda Lee dejó solo a su amigo y acudió al encuentro del doctor Bart Hawkins, a cuyas órdenes se hallaba, que siempre la trató con el mayor afecto. Ella lo habló en muchas ocasiones de Cole Porter y, ahora, al verla emocionada y con las mejillas enrojecidas por el rubor, observó sonriendo:

—Al fin ha encontrado a su Cole Porter, ¿verdad?

—Sí, ése es Cole. Pero ha cambiado, Bart. No es el mismo hombre que era.

—Ninguno de ellos es como acostumbraba ser—respondió el doctor Bart Hawkins—. Usted ya lo ha comprobado, Linda. Les ocurre a la mayoría. He examinado su ficha médica. Lo de su pierna tiene poca importancia; está deprimido moralmente. Taciturno e inquieto... Ha quedado algo trastornado su espíritu.

—Pero eso no es propio de Cole. Yo le conozco bien. Si por lo menosuviésemos un plano en el salón de recreo...

—¿Va usted a gastar más dinero en nuevas adquisiciones?—preguntó Bart escandalizado, pues sabía los sacrificios económicos que Linda había hecho para proporcionar toda clase de comodidades y diversiones a los heridos—. Ya tienen mesas de juego, billares...



Hubo regalos para todos.



Linda Lee era una muchacha preciosa.



—Será un gran éxito—le  
aseguró Linda.



Graci cantaba magnífica-  
mente y el éxito era seguro.



—No me divierte vivir  
en esta selva de barbas.



El hundimiento del «Lu-  
sitania» causó el fracaso de  
la revista.



—¿También aquí se en-  
noca mi música?



Un nuevo éxito para Co-  
le Porter.





—Veo que no has perdido el tiempo, Linda.



Carole se convirtió en una famosa estrella.



Los ensayos se hicieron  
al aire libre.



Tuvo que dar las gracias  
por el micrófono.



El «Beguine the Beguine»  
fue un gran triunfo para su  
autor.



—Nos sentimos orgullosos  
de él.



Siempre estaba rodeado  
de hermosas mujeres.



Al fin volvieron a reunirse  
se los dos.

—No, no es preciso que lo compre yo. Mi amiga, la condesa de... la condesa Fontaine—añadió después de breve vacilación—nos lo regalará.

—Su amiga la condesa—replicó Bart, sonriendo irónicamente, pues era fácil descubrir la inocente superchería de Linda—no creo que exista más que en su imaginación.

- - -

Después de dar una vuelta por la sala que tenía asignada, Linda se dirigió al gran salón del castillo-hospital y su corazón palpitó de gozo al oír las notas del piano. Eso significaba mucho para ella, pues le indicaba que, poco a poco, Cole Porter volvía a la música... y a la vida. Abrió la puerta de la enorme y lujosa estancia y, aprovechando una pausa del pianista, dijo fingiendo un tono severo:

—Son ya las diez. Hay que apagar las luces, capitán.

—Bien, apágalas—contestó Cole, distraído, mientras sus ágiles dedos resbalaban por el teclado, iniciando otra vez aquella preciosa canción.

—¿«Noche y día»?

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo numerosos espías—Linda apagó las luces del salón, que quedó débilmente iluminado por la que procedía del pasillo. Y, apoyándose en el piano, añadió: —Continúa, por favor. Es precioso.

—¿Has pensado alguna vez, Linda, que siempre te hallas a mi lado en los momentos más importantes de mi vida?—preguntó él sin dejar de tocar—. Cuando dejé Yale para fracasar la noche del estreno... Y, ahora, cuando acabo de recibir mi bautismo de sangre.

—Tal vez sea un presagio.

—Es posible. Te aseguro que no desaría a otra persona en las ocasiones importantes... y en todo momento.



—¿De veras?

—Te lo aseguro.

—Cole, he pensado que, cuando todo haya terminado, podría tomar una villa en la Riviera. Aquello es encantador y un sitio delicioso para trabajar.

—¿A qué trabajo piensas dedicarte?

—Ahora no pensaba en mí misma. Es decir, yo...

Se detuvo, confusa y apurada, aunque, al parecer, Cole no la había escuchado, porque preguntó:

—¿Cuánto tiempo habré de estar aquí?

—No será mucho. Y estaba pensado... Pensaba que tal vez tú y yo podríamos...

—Un momento—exclamó él, de repente, deteniéndose para tomar el lápiz y el papel pautado—. Creo que lo tengo.

Linda, dando un suspiro, comprendió que la música acababa de infligirle una derrota.

\* \* \*

Lo dispuso todo perfectamente. Habló con Gabrielle, la cantante de moda en el París de la postguerra, e invirtió algún dinero en la revista que preparaba el célebre empresario Anatole Giron. Linda se había propuesto que Gabrielle cantara una canción de Cole y, cierta mañana, acompañó a su amigo al cabaret donde Gabrielle iba a ensayar aquella canción, que debía de ser aprobada por el exigente Giron.

Cole ignoraba todas aquellas gestiones y estaba convencido de que la oportunidad que le ofrecían era debida tan sólo a un momento afortunado. Tomaron asiento a una mesa situada ante el escenario del elegante local donde actuaba Gabrielle y ésta inició su actuación. Al terminar, Linda murmuró:

—Creo que el número ha estado muy bien, ¿verdad?

—Hay algunas personas que quizá no estén de acuerdo contigo—contestó Cole, observando el preocupado rostro de Giron;

que se acercaba a ellos. Y añadió, cuando el empresario se detuvo ante su mesa—. No ha convencido. Lo lamento, monsieur Giron.

—Yo también lo lamento, señor Porter. Personalmente me gusta la canción, pero temo que el público podría opinar de distinto modo. La letra de sus canciones es demasiado impetuosa... convencional. Usted ya sabe lo que la gente quiere ahora. Pero usted, señorita—añadió el francés volviéndose a Linda—, no debe preocuparse por el resto de la revista. Tendrá un gran éxito y no lamentará la inversión de su dinero.

Ella se apresuró a interrumpirlo, pues, naturalmente, no deseaba que Cole averiguara sus esfuerzos por ayudarlo.

—Quizá el señor Porter podría escribir alguna otra cosa.

—No importa, Linda. Déjalo—exclamó él.

—Temo haber dado un paso en falso—se lamentó Anatole Giron al percibir algo raro en la expresión de los rostros de los dos jóvenes—. Nunca he sido buen diplomático. Permitanme que me excuse. Tal vez en América, usted conseguirá...

—Tal vez.

—Si me lo permite, les enviaré una botella de champaña. Tengo una marca que es sencillamente divina.

—Gracias.

Cuando se quedaron solos y un camarero les hubo traído la botella de champaña ofrecida por Giron, Cole murmuró:

—Te lo agradezco sinceramente, Linda, pero preferiría que no lo hubieses hecho.

—No te enojas. ¿Te sentirías más feliz si te hubiese cobrado el seis por ciento de comisión como agente?

—No, pero me hubiera esforzado en escribir algo mejor.

—Ya lo harás, querido; escribirás otras muchas canciones. Lo que necesitas es un lugar donde puedas trabajar en paz. En esa... esa villa que yo encontré en la Riviera—añadió vacilando—podrías... Está cubierta de rosas y hay corderitos en la vecindad.

El sonrió al oír aquella descripción y repuso:

—No habrá rosas ni corderitos en la vecindad para mí, Linda, porque sólo tú puedes disfrutar de todo eso. Yo no. Mi dinero no basta para comprar una villa y tú, por otra parte, no serías feliz

con ensayos, bailes, teclados llenos de polvo y autores de música y canciones que se esfuerzan en triunfar.

—Pero si no habrá polvo en el teclado, Cole!—protestó ella—. No habrás de luchar, porque pronto serás famoso. Todo el mundo necesita la ayuda de los demás. Estoy segura de que alguien tendió la mano al señor Shekaspeare en sus momentos difíciles... y, probablemente, fué la señora de Shakespeare.

—Probablemente—asintió Cole—. Tú estabas en Indiana cuando me alejé de mi familia para probar fortuna. Si no pude aceptar su dinero, tampoco aceptaré el tuyo, Linda. Ya conoces mi modo de pensar acerca de este asunto. He de lograrlo todo por mis propias fuerzas.

—¿Quieres decir sin mí?—preguntó ella, apenada.

El no respondió directamente a aquella pregunta. Era demasiado orgulloso como para escuchar las palabras de amor de una muchacha tan noble como Linda, cuando no era más que un desconocido. El día en que le sonriera la fortuna...

—Creo que regresaré a América y probaré de nuevo.

—De acuerdo, Cole. Si éste es tu plan...

—Exactamente. Quiero vencer, sin ayuda de nadie.

—En tal caso obras bien, porque yo no podría estar a tu lado sin tratar de ayudarte constantemente.

Su voz temblaba, emocionada, pero pronto se repuso y sacó del bolsillo de su chaqueta una pitillera similar a la que le regalara el día del estreno de la primera obra de Cole.

—Tómala—dijo. Y, mientras él leía la inscripción, añadió:

—Algún día aprenderé a no hacer grabar estas palabras.

## EL TRIUNFADOR

No fué, ciertamente, un triunfo fácil, como suele creer mucha gente al oír hablar de un hombre famoso. Cole Porter y su antiguo amigo y profesor, el barbudo Monty Woolley, recorrieron todas las agencias teatrales de Nueva York con los rollos de música bajo el brazo, esperando encontrar a un productor que se interesase por su aportación artística.

Mas las respuestas eran siempre las mismas: Su música nunca sería popular, nunca llevaría a la gente a los teatros. En otras ocasiones ni siquiera tenían la atención de escucharlos y alguna sabihonda secretaria los despedía con cortesía glacial.

Así transcurrieron algunos meses, durante los cuales se agotaron sus ya escasas reservas y fué preciso pensar en encontrar algún trabajo que les permitiera subsistir. Monty tuvo más suerte gracias a su hermosa barba. Dowling, famoso empresario, le ofreció un papel en una revista y así el excatedrático de Yale se vió convertido en general cosaco, con cincuenta dólares a la semana, teniendo bajo sus órdenes a una docena de rusos auténticos, con barbas también auténticas.

Cole, por su parte, se empleó en unos grandes almacenes, en la sección de música. Allí, en el centro de la sala, había un mos-



trador donde una muchacha vendía las partituras a los clientes mientras él tocaba el piano. A veces, Carole Hill, pues tal era su nombre, cantaba alguna canción, con voz agradable y de excelente timbre. Era una joven muy guapa y atractiva, y pronto sintió el mayor afecto por Cole Porter, tan distinto a los otros hombres que había conocido. El sabía tratarla con respeto y afecto a un tiempo, y, así, cierto día Carole, después de la breve pausa del «lunch», lo animó a que interpretara una de sus propias piezas.

Cole accedió y Carole, que había estudiado la partitura, comenzó a cantar. Entonces ocurrió lo increíble. Los clientes, que jamás prestaban la menor atención a las canciones de Carole o al piano, se agruparon rápidamente alrededor del cuadrilátero formado por el mostrador y, cuando la joven terminó de cantar, estalló una tempestad de aplausos y de vivas. E inmediatamente, muchos de los oyentes solicitaron copias de la canción.

Sin atender a las peticiones, que no podía complacer, pues no tenía más que el manuscrito de su obra, Cole se puso en pie, embriagado por el triunfo inesperado y ordenó a su compañera de trabajo:

—¡Póngase el sombrero, Carole!

Diez minutos más tarde se hallaban en los camerinos del teatro donde trabajaba Monty Woolley, al que apenas reconocieron con su brillante uniforme de cosaco.

—Necesito hablar contigo, Monty.

—Pero he de salir a escena.

—No saldrás. Escúchame: estoy ya harto de intentar escribir esa música pegajosa que hoy atonta a la gente. «Barcos en el río», «Noches de luna», «Jazmines»... No quiero transigir.

—Esperaba eso. Ya era hora.

—Bien, me he decidido ya. Nosotros monteremos una revista.

—¿Quiénes somos nosotros?

—¡Ah, perdóname! Te presento a la señorita Hill, Carole Hill. Espera a oírla cantar. Lo tenemos todo.

—Menos dinero. Pero no te preocupes. Puesto que lo tuvimos en otra ocasión, también lo conseguiremos ahora.

—¿Cuento contigo?



—Desde luego. ¿Crees que es divertido pasar la vida en esta selva de barbas a cambio de cincuenta dólares semanales?

—¿Cuándo empezamos?

—¿Cuándo? ¡Ahora mismo!

Monty Woolley se despojó en el acto de su uniforme, confió su papel a un ruso que no hablaba una palabra de inglés y salió corriendo tras los jóvenes mientras exclamaba:

—¡A la fama y a la gloria!

Sus palabras fueron proféticas, porque, dos meses más tarde, después de improbables trabajos para reunir el dinero necesario, se estrenó la obra de Cole Porter con éxito nunca visto. Aquella revista fue seguida por otras, todas ellas acogidas con tal fervor por el público que se mantuvieron años seguidos en los mejores teatros de Broadway. Los empresarios se disputaban a Cole Porter que, acompañado por Monty Woolley y por Carole Hill, saboreó las mieles del triunfo después de sus anteriores fracasos.

Era ya una estrella rutilante en el firmamento de Broadway y pronto Hollywood comenzó a interesarse por su música, pagándole cantidades fabulosas. El dinero fluía hacia él como río impetuoso y, a veces, le parecía imposible que se hubiesen cumplido con exceso las grandes esperanzas que en otros tiempos tuviera acerca de su capacidad artística.

Una noche, al terminar la representación, Cole Porter mostró a Monty el telegrama que acababa de recibir.

«¿Está usted disponible para montar una revista en Londres cuanto antes? Sírvase telegrafiar. Firmado: Charles B. Cochran.»

Este era el nombre del más famoso empresario de Inglaterra y quizá del mundo, y Monty comentó:

—Bueno, no hay nada que tenga tanto éxito como el éxito.

—¿Te gustaría venir conmigo a Londres?—preguntó Cole.

—¿Londres? Niebla, lluvia... Yo soy amigo del buen tiempo.

—No seas ridículo, Monty. Yo no podría ir a Londres sin ti.

—¿Por qué no? Yo me voy a Hollywood sin ti.

a. Y, al mismo tiempo, le mostró un telegrama procedente de

un importante estudio de Hollywood, en el cual se le hacía una proposición muy ventajosa.

—¿Hollywood?

—Me llevado conmigo esta oferta durante dos semanas, tratando de tomar una decisión—explicó Monty—. Ahora ya está tomada.

—En adelante, todo será diferente—murmuró Cole, entristecido ante la perspectiva de separarse de su fiel amigo.

—Adiós, Broadway—contestó Monty.

—Adiós, América—añadió Cole.

## LA BODA DE COLE Y LINDA

Unos artistas callejeros, estrafalariamente vestidos, cantaban y bailaban ante la larga cola de los espectadores que esperaban la apertura de las taquillas para comprar localidades de los pisos superiores. Y la música era de Cole Porter.

Este, que iba acompañado por Cochrane, se detuvo y, sonriendo, comentó:

—No sabía aun que mi música fuese tan popular.

—Ya hace dos meses que se interpreta en todo el país—replicó el empresario—. ¿Por qué cree usted que le mandé venir? Y, volviendo a nuestro asunto, necesito otro buen número para la revista. Algo excepcional que dé realce a la obra.

—Lo intentaré, señor Cochrane, pero no es fácil componer un número así. Además...

Se calló de repente, mirando hacia el extenso jardín público que había al otro lado de la calle.

Acababa de descubrir a Linda Lee, sentada en un banco y distraída con su labor.

—¿Le ocurre algo, Porter?—preguntó Cochrane, extrañado por su silencio.

—No, todo va bien. ¿Quiere perdonarme? Lo veré de nuevo en el Claridge, a las cinco y media.

—Como usted quiera.

Después de haber estrechado la mano de Cochrane, Cole corrió al encuentro de Linda, apoyándose en su bastón, pues aun se resentía de la herida de su pierna, y exclamó:

—Me he preguntando con frecuencia si serías tan adorable como yo te recordaba.

Ella levantó vivamente la cabeza, sorprendida por aquellas palabras y, al reconocer a Cole, le sonrió con su acostumbrada gracia.

—Me equivocaba—añadió él—. Eres aun mucho más adorable de lo que te recordaba. ¿Qué tal estás, Linda?

—Muy bien. ¿Cuánto tiempo llevas en Londres? Siéntate a mi lado. ¿Todavía llevas eso?—preguntó señalando el bastón.

—La fuerza de la costumbre... Nancy me facilitó tu dirección, pero no sabía qué hacer. Temía que hubieras cambiado...

—He cambiado.

—No para mí, Linda. Nunca he dejado de pensar en ti. En cuanto he escrito, en todos los lugares en que he estado, en todo lo que he hecho... Nunca has estado ausente de mis pensamientos. Yo...

Se interrumpió para mirar el rápido movimiento de las agujas de hacer media de Linda y, alarmado, comprobó que la joven confeccionaba un pequeño jersey, propio para un niño.

—¿Que decías, Cole?—preguntó ella, mirándolo.

—Trabajo de punto de media, ¿verdad?

—Sí, lo estoy terminando. Falta el dobladillo.

—Es muy pequeño—tartamudeó Cole.

—Es para Pedrito. Y espero terminarlo antes de que ya le sea estrecho.

La respuesta cayó como un jarro de agua helada sobre el entusiasmo de Cole. Aquello parecía indicar que la joven se había casado hacía tiempo y que era madre, por lo menos, de un niño.

—Sí, crécen muy de prisa—consiguió decir.

—Sí, mucho. ¡Eh, ven aquí!—exclamó Linda, llamando a un niño que pasaba jugando a alguna distancia.

El pequeño obedeció y Cole le tendió la mano diciéndole:

—Hola, Pedrito.

—Este no es Pedrito. Es Miguel—corrigió Linda echándose a reír.

—Tanto gusto, señor—dijo el niño, estrechando la mano del compositor.

Luego echó a correr para reunirse con sus compañeros de juego y Cole, haciendo una mueca de disgusto, comentó:

—Es simpático.

—Encantador. Tú no te has casado, verdad, Cole?

—No, no. Hubo cierta enfermera en Francia... Pero, desde entonces...

—He oído hablar mucho de ti. Revistas de gran éxito, tu nombre en grandes letreros luminosos... En fin, todo lo que deseabas.

—No, no todo. Yo siempre he suspirado por una pequeña villa en la Riviera. Aquella que estaba cubierta de rosas y con numerosos corderitos en los alrededores.

—¡Oh! La villa fué vendida a un matrimonio de Nueva Jersey. Los corderos se comieron las rosas... y el matrimonio se comió los corderos—replicó Linda.

En aquel momento se acercó una niña a Linda para coger su muñeca y, cuando se hubo alejado, Cole comentó:

—Creo que no es necesario preguntarte qué has hecho durante los últimos años, ¿verdad, Linda?

—He procurado no perder el tiempo. Y me ha gustado.

Al mismo tiempo recogió su labor e hizo una señal a la institutriz para que recogiera a los niños que debían volver a casa.

—Lléveselos, Amy—le ordenó—. Id con Amy, queridos—dijo a los niños.

Cole no salía de su asombro al ver tan numerosa familia y, por decir algo, observó:

—Debe de ser un duro trabajo criar a un grupo tan numeroso.

—No, no es tan molesto como parece—replicó Linda mientras se dirigían hacia la salida del parque—. Empezamos con los gemelos y el resto ya fué muy fácil.



—Lo comprendo, lo comprendo—murmuró Cole, abrumado.

—¿Por qué no vienes a charlar con Bart? Te lo agradecería mucho.

—Debes de ser muy feliz con él, Linda.

—Bart se ha portado muy bien conmigo, pero ya sabes cómo son esos ingleses. Tan fríos y reservados.

—Buena, pues... Parece que incluso los ingleses tienen algunos momentos de informalidad—observó Cole en voz baja.

Atravesaron la calle para detenerse ante una casa y Linda dijo:

—Probablemente, Bart ya habrá regresado. ¿Por qué no entras un momento, Cole?

—Te agradezco la invitación, pero... lo haré otro día—contestó Cole, que había sufrido un amargo desengaño—. Tal vez mañana o dentro de unos días.

Estrechó su mano y permaneció un momento parado en la acera, viendo como Linda entraba en la casa acompañada del regimiento de sus chiquillos. Pero, cuando ya se disponía a alejarse, sus ojos descubrieron junto a la puerta una placa de bronce en la que pudo leer:

#### «HOGAR PARA HUERFANOS DE GUERRA»

Aquellas pocas palabras le descubrieron el secreto de Linda y también puso de relieve su propia tontería al dejarse engañar por la muchacha, quien no afirmó ni negó que aquellos niños fueran suyos.

Olvidando su leve cojera echó a correr, subió los pocos escalones que conducían hasta la puerta, la empujó y, un instante después, estrechó entre sus brazos a la sorprendida Linda, que estaba cuidando de despojar de sus abrigo a los pobres huérfanos que había recogido.

—¡Oh, Linda... yo...!

Y la besó varias veces en los labios, sin que ella protestara.

La boda fué sencilla porque todo tuvo que improvisarse; mas, no obstante, muchas personas fueron invitadas y Cochrane procuró rodear de toda clase de comodidades y atenciones a los recién casados.

Por fortuna, Cole había terminado ya su trabajo para la revista del famoso productor y se estrenó en la fecha anunciada, alcanzando un éxito sensacional.

Sentados en el patio de butacas, confundidos entre los numerosos espectadores que no perdían una sola nota de su música, Cole y Linda hablaban en voz baja, con gran indignación de sus vecinos de asiento.

—Es mejor de lo que imaginábamos, Cole.

—El éxito es tuyo, querida. Sin ti no hubiera podido terminarlo.

Al fin, una anciana señora golpeó el hombro de Cole con su abanico y, llevándose un dedo a los labios para imponerles silencio, preguntó airada:

—Pero, ¿es posible que no les interese una canción como ésa?

Marido y mujer se echaron a reír y procuraron permanecer callados hasta que terminó la función; Cole se vió obligado a salir varias veces a escena, hasta que, al fin, logró escabullirse de sus admiradores para salir a la calle con Linda.

—Es muy agradable respirar un poco de aire puro—dijo—. ¿Quieres que demos un paseo?

—Me encantaría. Es una noche hermosísima.

Por su lado pasó un hombre silbando entusiasmado una de las piezas de Porter, que acababa de escuchar en el teatro, y Linda, sonriendo, preguntó:

—Oye, ¿qué es eso?

—No lo sé. Jamás lo había oído.

—Es sorprendente ser la mujer de un compositor famoso.

—Aun lo es más ser el marido de una muchacha tan guapa como tú.

Dieron algunos pasos más, en silencio, disfrutando de la agradable temperatura y de la tranquilidad que los rodeaba, hasta que Cole observó de repente:

—Ya conoces a Max Fisher, ¿verdad?

—No, creo que no.

—Es verdad, no lo conoces... ¿Te cansas de andar?

—No, ¿y tú?

—No, no... Bueno, va a montar una gran revista en Nueva York y cree que voy a darle mucha prisa en escribirle la música.

—¿Quién? ¿Fisher?

—Sí.

—¿Y qué le has contestado?—preguntó Linda, intranquila, pues conocía muy bien a Cole y sabía que él era capaz de renunciar a todo antes que a su música. Y temió por los proyectos que habían hecho para las próximas semanas.

—¡Oh! No me creerás capaz de trabajar para una nueva revista antes de nuestra luna de miel, ¿eh? No pondré los pies en un teatro hasta dentro de unos meses. ¡Pobre Max, debe de estar loco!—añadió, suspirando.

—Tal vez no se haya enterado de nuestra boda.

—Supongo que no—Cole se esforzó en adoptar un tono alegre y preguntó—: ¿Por qué no vamos a alguna parte? ¿Te gustaría embarcar hacia las costas de Noruega? Siempre he querido ir allí. Sería divertido. Tú no te mareas, supongo...

—No.

—Aunque quizá no sea ésta la mejor temporada del año para Noruega. ¿Qué te parece Budapest? Baile, música... ¡Budapest! Podríamos tomar un avión mañana mismo.

Quizá esperaba una negativa por su parte, pero Linda se apresuró a responder:

—Me encanta volar.

—De todos modos... No sé... Pero, ¿de qué estoy hablando? ¿Budapest?—se preguntó con el ceño fruncido—. No, no me

gusta. ¿Qué me dices de El Cairo? Maravilloso... Pasearemos en bote por el Nilo, subiremos a las Pirámides... ¿Te gustan las alturas? Supongo que tampoco tendrás vértigo.

—No.

—En tal caso...

Hablaba con acento de resignación, dando a entender claramente que no le ilusionaba en absoluto ninguno de aquellos planes. Y Linda le preguntó:

—¿Cuándo salimos?

—Eso depende de... ¿Adónde quisieras ir en primer lugar?

—A Nueva York, naturalmente. No seas tonto. Estás rabian-do por hacer esa revista. Ya haremos el viaje más tarde.

—¡Eres una gran muchacha, Linda!—exclamó él, encantado por aquella respuesta—. Pero, en cuanto termine el trabajo, tú y yo...

## EL GRAN ARTISTA

El estreno de la revista fué, una vez más para Cole, un éxito formidable y, al terminar la representación, se habilitó el escenario para celebrar una fiesta en homenaje del autor y de los intérpretes.

Linda se despedía, en su palco, de Nancy y de Ward Blackburn, su marido.

—Lamento que no os quedéis a la fiesta.

—Ward tiene una cita urgente con un antiguo apéndice—replicó Nancy—. Bueno, la revista es maravillosa. Diselo a Cole cuando lo veas.

—Así lo haré. Bien, ya nos veremos a nuestro regreso.

—¿Regreso?—preguntó Nancy.

—Sí, me llevo a Cole mañana mismo.

—Me alegra saberlo, Linda. ¿Adónde vais?

—A una pequeña villa en la Riviera. Un chalet en los Alpes, Viena, Biarritz, Salzburgo... No lo sé; a cualquier parte, pero lejos de Broadway.

Después de despedir a sus dos amigos, Linda se dirigió de mala gana al escenario, a reunirse con los invitados a la fiesta. No le gustaba demasiado relacionarse con algunas de las personas



que rodeaban constantemente a Cole, pero díjose que no hacía más que cumplir con su obligación. Además, al día siguiente habría terminado la tensión de los últimos días y, al fin, se alejarían del mundo donde pululaban los alegres y prósperos bohemios del mundo del teatro y de la música.

Lo que pudo ver en el escenario aumentó aun más su disgusto. Centenares de personas se agrupaban alrededor de Cole, como si quisieran arrebatárle parte de su gloria o participar de ella. Las mujeres lo besaban y lo abrazaban, y Linda vio a Carole Hill y a Gracie Harris que no se apartaban un momento de su lado, tal que si alguien quisiera raptarlo.

Los fotógrafos disparaban sus cargas de magnesio, los periodistas hacían preguntas a diestro y siniestro, y todos, sin distinción de sexo o de calidad, bebían champaña y comían vorazmente, aprovechándose de la generosidad de los anfitriones.

La joven casi tropezó con Max Fisher, el productor, y se vio obligada a detenerse un momento para saludarlo.

—Una gran noche, ¿eh?—comentó Fisher.

—Sí, lo ha sido.

—Estoy satisfechísimo al pensar en que Cole va a hacer mi próxima revista.

—¿La hará él?—preguntó Linda, sorprendida.

—Sí. Empezaremos a trabajar el viernes. ¿Por qué no viene a los ensayos? Estoy seguro de que usted podría ayudarnos.

—¡Oh, no, gracias!—replicó ella, esforzándose en disimular su desilusión.

Cole le descubrió en aquel momento y se apresuró a librarse de sus admiradores... y admiradoras, para acudir a su lado.

—Perdónenme, por favor... Un momento... Bueno, al fin respiro—dijo a Linda, cogiéndola por el brazo—. Esperó que todo habrá terminado por una temporada y que, al fin, podremos estar algún momento a solas.

—No sé si lograremos acostumbrarnos.

—Ya lo verás. ¿Quieres beber algo?

—Lo necesito.

El hizo un gesto al camarero y, cuando cada uno de los dos tuvo una copa en la mano, Cole preguntó:

—¿Por qué brindamos?

—Por tu próximo éxito.

—Al parecer, Fisher te ha dicho algo de la nueva revista...

—Sí. Estoy segura de que te olvidaste de hablarle de nuestro proyectado viaje.

—Terminaré pronto este trabajo, querida mía. Ya tengo la mitad de la partitura en la cabeza. La idea va a gustarte mucho. Te vas a quedar asombrada.

—Ya lo estoy. Pero no me gusta imaginar que habrás de volver a los ensayos. Te puedo ver muy pocas veces y, aun entonces, estás tan cansado y preocupado.

—Eso será algo diferente. Yo sólo escribiré la música y dejaré que ellos se preocupen del resto—le aseguró Cole, optimista, olvidando su afición a vigilar hasta el último detalle—. No pienso intervenir en todos esos problemas latosos. Bueno, ahora iremos a divertirnos un poco.

Y así volvió a aplazarse aquella «luna de miel» por una nueva revista musical.

• • •

«No pienso intervenir...», había dicho Cole. Pero, como de costumbre, se engañaba a sí mismo, ya que no sólo intervino, sino que llevó toda la compañía a su villa de Long Island para ensayar al aire libre, evitando así el sofocante calor del verano en Nueva York.

Linda apenas veía a su marido, siempre rodeado por centenares de personas. Era imposible encontrar un solo rincón donde no hubiera un grupo de coristas, de músicos o de actores. Los alrededores de la piscina se convirtieron en teatro improvisado y, sobre el verde césped, se ensayaban los nuevos bailes para la revista.

La comida se había de preparar en cantidades propias de un cuartel y la dueña de la casa vió invadido su tocador por las actrices y cantantes, sin que ni siquiera tuviese el consuelo de irritarse, pues era demasiado inteligente para no darse cuenta de que su cólera no produciría ningún efecto práctico, ya que Cole vivía absorto en su trabajo y no pensaba más que en perfeccionar la revista que estaba preparando para Max Fisher.

Quizá por la desagradable sensación de la «soledad en compañía» de que era víctima, Linda acogió con verdadera satisfacción a su viejo amigo Monty, cuando éste se presentó de improviso en la finca.

—Aquí me tienes, en persona. No en una película—dijo el exprofesor echándose a reír—. Oye, me parece haber visto a unas pocas personas del teatro—añadió señalando el nutrido grupo de hombres y mujeres que se hallaban junto a la piscina.

—La nueva revista de Cole se estrena la próxima semana.

—¡Oh, la paz y la soledad de la vida campestre!

—Es más solitario eso de lo que crees. ¿Por qué no te quedas una larga temporada con nosotros?

—Te advierto que, cuando me instalo en un lugar, cuesta mucho echarme. No atiendo las indirectas... por directas que sean.

—Vamos a ver a Cole.

Este dejó de hablar con Carole y exclamó, muy satisfecho:

—Hola, «Hollywood».

—Hola, «Broadway». Ahora soy «Adiós, Hollywood».

—¿Cómo dejaste aquello?

—Completamente embriagado. Intentaron hacerme figurar en una revista musical. Por fortuna voy a interpretar otra película. Hago el papel de un estúpido insoportable.

—¡Ah, ya! Un papel de carácter, ¿no?

La conversación se interrumpió momentáneamente y, mientras Monty hablaba con Carole Hill, Cole se acercó a Linda y murmuró:

—No sabes cuánto te agradezco tu paciencia al resistir todo eso.

—No tiene importancia.

—Ultimamente no hemos estado casi nunca a solas. Cuando doy comienzo a una revista, olvido todo lo demás. Pero estoy decidido; ésta es la última obra que produzco, por lo menos durante mucho tiempo. He pensado que quizá podríamos llevar a cabo el viaje a Europa de que tanto hemos hablado.

—¿Hablas en serio?—preguntó Linda sonriendo, esperanzada.

—Desde luego. Iremos muy lejos y no pensaremos más que en nosotros mismos. Ahora, por favor, vete antes de que te veas aprisionada entre la multitud. ¿Te molesta?

—Ya nada me molesta—replicó ella, dichosa al pensar que, finalmente, ella y Cole se marcharían a Europa... solos.

—Eso es como vivir en la Estación Central de Nueva York—comentó Monty al reunirse con ella.

—No me importa, Monty. Soy muy dichosa. Esta es la última revista de Cole por algún tiempo y luego nos iremos a Europa.

—No espere demasiado de Europa; también ella está en mal estado. No pretendo ser un cínico, Linda, pero, en nuestra profesión, muchos hombres se han ahogado en el proceloso mar del matrimonio.

—Soy buena nadadora, Monty.

\* \* \*

Otro estreno, otro éxito, otra fiesta en un elegante establecimiento. Nuevamente multitud de personas felicitando a Cole, mujeres besándolo, importunos, periodistas, fotógrafos...

Linda se había levantado de su asiento ante la larga mesa sin que nadie se fijara en ella y no tardó en encontrar a Monty, quien, al verla, observó:

—Estás algo pálida esta noche.

—Es la emoción del estreno.

—Bueno, vamos a beber algo los dos. Luego podrás recostar tu cabeza en el hombro del tío Monty. Ahora cuéntame todo—



añadió cuando los dos se hubieron instalado ante la barra del bar.

—Una tontería. Por fin vamos a marcharnos y, no obstante, estoy preocupada. Yo no podré substituir todo eso—dijo señalando la animada sala, donde todos estaban pendientes del menor gesto y movimiento de Cole Porter, el idolo de la multitud.

—Dar consejos no es la especialidad de mi ramo, Linda. Resulta peligroso. El amor puede ser una delicia, un problema, una enfermedad o un desastre. Creo, sin embargo, que estás demasiado enamorada de Cole como para resultar derrotada. Eres inteligente y has de tener algún as en este juego.

—Desde hace algún tiempo, fallan todos mis ases. Y, aunque tú lo ignoras, el matrimonio es algo más que un simple juego de naipes.

—El único matrimonio que yo he aprobado sin reservas fué el de mi padre y mi madre. Y, para cambiar de asunto, ¿qué te parece un buen whisky?

Cuando Linda regresó a su mesa apoyó una mano en el hombro de Cole y le recordó:

—No debemos retrasarnos. Tenemos que estar en el buque a primera hora de la mañana.

—¡Caramba, me olvidé de decírtelo!—exclamó Cole dándose una palmada en la frente—. He cambiado los planes. No saldremos hasta las cinco de la tarde. Resulta que Max y los muchachos también salen de viaje. ¿No te parece estupendo? He cambiado nuestros pasajes y así viajaremos todos juntos en el «Queen Mary».

A Linda se le hizo un nudo en la garganta y estuvo a punto de echarse a llorar al comprender que, tampoco aquella vez, podrian viajar los dos solos. Y escuchó el animado diálogo que sostenía Cole con Max Fisher y otro productor.

—¿Cuánto tiempo estará usted en París, Porter?

—Sólo dos semanas. Luego me instalaré en Cannes.

—Bueno, también iremos todos allí. Pasaremos el verano juntos y, en mayo, el director de escena se reunirá con nosotros.

—Oiga, Porter, en París haremos una visita a Susie Solidor. Yo la he oído una vez...



—Contrataremos a Mullier. Es el mejor coreógrafo europeo.

—Y, durante el viaje, podrá comenzar su trabajo, ¿eh, Porter?

Linda se puso en pie, luchando con las lágrimas que pugnaban por asomar a sus ojos, y en aquella ocasión, Cole se dio cuenta de su marcha y la siguió para preguntarle:

—¿Qué te ocurre?

—¿No lo sabes, Cole?

—Por eso te lo pregunto.

—«Iremos muy lejos y no pensaremos más que en nosotros mismos»—le recordó Linda con cansada sonrisa.

—Te prometí que nos iríamos lejos y así lo haremos.

—¿Lejos de qué? Llevamos con nosotros todas las cosas de las que yo quería alejarme. ¿No comprendes, Cole, que no es Europa lo que más me importa? Es nuestro matrimonio. ¿No sería posible anteponer eso a todo lo demás?

—Como desees, querida. Cambiaré las reservas de pasajes—asintió Cole.

—No podrías resolverlo con eso sólo. Las cosas han ido ya demasiado lejos. Tú me has colocado en un pequeño rincón de tu vida y, de vez en cuando, te acercas a mí y me sonríes. Eso debe de significar: «Quédate ahí quietecita y sé buena muchacha. Si lo haces, volveré otro rato para sonreírte nuevamente.» ¡Eso no me basta, Cole!

—Por favor, querida, no es cosa tan grave.

—Es mucho más grave de lo que imaginas. Francamente, no sé cómo explicártelo.

Varios de los compañeros de Cole, quizá algo embriagados, se presentaron en aquel momento y lo arrastraron contra su voluntad hasta el rincón donde se hallaba la orquesta, pues deseaban que dirigiese la palabra al público por el micrófono.

Y cuando consiguió librarse de toda aquella gente con unas cuantas palabras de gratitud, Cole ya no pudo ver a Linda; junto a la puerta encontró a Monty.

—¿Dónde está?

—Me ha dado esto para ti—respondió su amigo entregándole una pitillera con algunas palabras cariñosas grabadas en su

interior, que Linda solía regalarle después de cada estreno—. Será mejor que bebas algo.

—¿Adónde ha ido?

—No lo sé. Ha dicho que deseaba meditar. No quisiera meterme en lo que no me importa, Cole; pero, ¿no crees que ya has complicado bastante las cosas? En primer lugar, no debieras haberte casado. En segundo, puesto que lo hiciste, no debieras haberte portado como un hombre que, en primer lugar, no debiera haberse casado.

—Oye, repite eso. No he comprendido una palabra. Fero, ¿ha dicho ella adónde iba?

—Dijo algo acerca de un avión de la mañana. Y te aconsejaría que no intentarás seguirla. Será mejor permitirle que, por una temporada siquiera, lleve su propia vida.

—¿Te ha rogado que me dijeras eso?

—No; sólo me rogó que te cuidara.

—Otro «whisky»—ordenó Cole al camarero.

\* \* \*

Así, la música, el éxito, el triunfo separaron a Cole y a Linda, a pesar del cariño mutuo que existía entre ambos. Ella comprendió que debía demostrarle que no estaba dispuesta a ocupar eternamente un puesto secundario a su lado. Y él, por su parte, absorto por su trabajo y sus compromisos, renunció a seguirla, convencido de que no podría obtener su perdón. Y, para olvidarla hasta que el tiempo solucionara su problema, se entregó en cuerpo y alma a la música que lo había convertido en hombre rico, famoso... y muy desdichado.

Y el telegrama que recibió poco después de su madre rogándole que acudiera inmediatamente a su casa de Indiana, fué el anuncio de que pronto iban a aumentar sus desdichas, gracias a las cuales desaparecería todo su orgullo para convertirse nuevamente en un hombre de gran corazón.

## EL HOMBRE

El viejo caballero estaba muy grave, mucho más de lo que él mismo imaginaba. Y la llegada de Cole fué el último acontecimiento feliz en la larga vida de Omer Porter.

—Es un excelente jerez—dijo el anciano mirando al trasluz el ambarino contenido de su copa de cristal tallado.

Bebió pausadamente un sorbo y, después de respirar profundamente, añadió:

—Me satisface mucho verte de nuevo, Cole.

—Y yo estoy muy satisfecho de haber vuelto. Necesitaba un cambio de aire. Hacía mucho tiempo que no estaba aquí.

—¿No habrá tenido algo que ver tu madre en ese viaje? —preguntó Omer Porter.

—¿Mi madre? ¡Oh, no! —mintió Cole.

—Estoy orgulloso de ti.

—Gracias, abuelo. No sabes cuánto me alegra oírte decir eso.

—¿Te sorprende acaso?

—Ya sabes que los de nuestra familia no cambian fácilmente de opinión.

—Suele decirse que uno se vuelve más sensato al llegar a viejo... —gruñó Omer Porter bebiendo otro sorbo de jerez—. No

pienso insistir sobre el tema; pero cuando pienso que, en otros tiempos, quise obligarte a ser abogado... Oigo tu música cantada, tarareada o silbada por todas partes, pero aun no he oído a nadie citando una opinión legal debida a ti.

—Es lástima que hayamos tardado tanto tiempo en tomar juntos y amistosamente una copa de jerez, abuelo.

—Sí, es lástima que hayan ocurrido tantas cosas entre tú y yo. Estás cansado, Cole; trabajas con exceso. Y sé, por experiencia, que todo carece de importancia en el mundo si no se tiene a alguien con quien compartirlo.

—Comienzo a convencerme de esa verdad.

—Sírvenme otra copa, por favor. Voy a dejar una gran propiedad a mis herederos... pero estoy dispuesto a no dejarles ni una gota de jerez—añadió sonriendo—. ¿Quieres correr aquella cortina? Me molesta la luz...

Cole obedeció y, mientras cerraba la cortina, oyó a su espalda el ruido de una copa de cristal al romperse. Se volvió rápidamente y vió que su abuelo tenía la cabeza apoyada en el pecho.

El viejo Omar Porter había muerto repentinamente, con una sonrisa en los labios y una copa de vino generoso en su mano. Murió como lo que siempre había sido: un perfecto caballero.

La pérdida de aquel hombre fué un rudo golpe para Cole, quien comprendía ahora cuánto debía a los consejos, el ejemplo y la educación del viejo señor. Y había muerto cuando más necesitaba de él, cuando ambos reanudaban su antigua amistad y su camaradería.

Pasó varios días en su casa de Indiana y sólo hallaba alivio a su tristeza dando grandes paseos a caballo por el bosque que rodeaba la propiedad. Recordaba entonces episodios de su infancia y su juventud, cuando el mundo le parecía algo maravilloso que podría conquistar extendiendo la mano. Recordaba los largos paseos que hacía con su abuelo y también pensaba en Linda y en las hermosas horas que pasara a su lado. Acudía una sonrisa a sus labios al pensar en la primera vez que la encontrara ante su casa, cuando la besó confundiendo con Nancy...



El lejano estampido de un trueno le obligó a levantar la cabeza. El cielo estaba encapotado, casi negro, y comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia. Cole conocía perfectamente la furia de aquellas tormentas de verano y, por otra parte, el nervioso y fuerte caballo que montaba —el que perteneció a su abuelo— daba claras señales de inquietud.

Lo puso al trote para volver cuanto antes a casa; pero el temporal de agua se desplomó sobre él cuando apenas había recorrido un cuarto de milla. Los relámpagos iluminaban el bosque con su luz livida y temblorosa y los truenos resonaban como formidables descargas de artillería.

Le costaba gran esfuerzo dominar al caballo, dispuesto a lanzarse a la carrera, cuando, repentinamente, quedó deslumbrado por la vivida luz de un relámpago y, ante él, un corpulento árbol alcanzado por el fuego caído del cielo quedó destruido como si una mano gigantesca lo hubiera abatido con un hacha de luz y de fuego.

El caballo se levantó sobre el cuarto trasero y luego cayó hacia atrás, arrastrando a su jinete. Lo último que el joven compositor pudo oír, antes de perder el sentido, fué la explosión del trueno y el relincho de dolor y espanto de su cabalgadura.

\* \* \*

—¿Está muy grave?—preguntó Monty en voz baja en cuanto entró en la salita que había ante la habitación del herido.

—Perderá el uso de ambas piernas, a menos que...—dijo Ward Blackburn.

—¿A menos qué?

—Sometiéndose a un número indefinido de operaciones... Sólo tiene una probabilidad de éxito. Y eso es lo que ha elegido.

—Desde luego, ¿Puedo entrar?

—Sí; le he dicho que venía, pero no esté mucho tiempo.

Monty franqueó la puerta y tuvo que hacer acopio de valor para que su rostro no expresara la emoción que sentía y no desapareciera su acostumbrada y burlona sonrisa.



—¡Por fin!—exclamó—. Te he estado buscando por toda la ciudad. No sabía que hubiese tantos bares.

—¡Monty!—contestó Cole sonriendo, lo cual constituyó la más agradable recompensa para su amigo.

—Deseaba tomar unos días de descanso... y aquí estoy. ¡Hola, «Temperatura»!—dijo al ver entrar a la enfermera.

—¿Cómo?—preguntó ella sin comprender.

—Debe perdonarme, señorita. Vengo de una obscura selva —añadió refiriéndose a Hollywood— donde han perdido la costumbre de llamar a la gente por su nombre.

—¿Qué?

—Verá, los habitantes de por allí se conocen con los nombres de «La Voz», «La Nariz», «La Mirada», «El Cuerpo», «La Cara»... A mí me conocen por «La Barba».

—Siempre serás igual—dijo Cole, echándose a reír—. Siéntate. Gracias por las flores.

—Solo es posible enviar flores a un hombre cuando se halla tendido sobre su espalda. Los bombones—exclamó al mismo tiempo que ofrecía una caja a la enfermera—son para «La Temperatura».

—¡Oh, gracias!

—Desde luego, faltan algunos, porque fué muy largo el viaje desde la tienda hasta aquí.

—¿Podría hablar a solas con el señor Woolley, señorita Barnes?—preguntó Cole.

—Desde luego.

Y la enfermera, complacida por la atención que había tenido con ella el recién llegado, se eclipsó discretamente.

—¿Quieres hacerme un favor, Monty?—preguntó Cole.

—Ya sé, Linda. Recibí carta de ella, hace una semana, desde París. Si quieres, puedo telegrafiarle en seguida.

—No, no se trata de eso.

—¿No quieres que ella sepa nada?

—Eso es.

Monty vaciló antes de prometer que guardaría silencio; pero pronto comprendió los motivos que tenía su amigo para ocultar

su situación. No quería que Linda volviera ahora a su lado por compasión. Deseaba que ella conservase su libertad hasta el momento en que la nostalgia la obligara a reunirse nuevamente con él. Ahora no era más que un pobre inválido que se disponía a luchar por su vida y quería hacerlo solo. Si fracasaba, se convertiría para siempre en un pobre inválido. En caso contrario... En caso de que las sucesivas operaciones tuvieran éxito, sabría dar un nuevo rumbo a su vida y no permitiría que Linda tuviese motivos para abandonarlo.

\* \* \*

Fueron unos meses terribles, durante los cuales Cole no pudo abandonar el hospital ni un solo momento. El estado de sus piernas era muy grave y, en ocasiones, los médicos llegaron a desesperar de salvarlas. Las antiguas heridas de la guerra volvieron a abrirse y los dolores eran insoportables; pero Cole todo lo sufría, animado por una fe inagotable en su curación.

Contra todas las previsiones, iba mejorando lentamente después de cada una de las intervenciones quirúrgicas a que fue sometido y, lo que aun era más extraordinario, no se dejó abatir por el pesimismo y, desde la cama de su clínica, continuó componiendo música y dirigiendo las obras que producía.

Al fin había dado cima a una de sus obras más exquisitas y famosas. El «*Beguin the Beguine*», cuyo origen debía buscarse en la melancólica canción de los tiradores argelinos la noche en que resultara herido. Revisando papeles viejos, había encontrado las notas que tomara en aquella ocasión y consiguió darle forma para montar un magnífico cuadro de revista.

Pero su estado le impidió acudir al estreno, y después de sufrir la operación número veintisiete, y mientras lo preparaban para la siguiente, Monty Woolley le telefoneó desde el escenario, y así pudo oír la música de la orquesta y los coros, seguidos por una ovación cerrada del público que llenaba el teatro.

—¿Te ha gustado?—preguntó Monty cuando hubo terminado la tempestad de aplausos.

—Bastante.

—Tengo una sorpresa para ti, Cole.

—¿De qué se trata?

—La Universidad de Yale desea tributarte un homenaje.

—¿A mí?

—Pues claro está. He hablado ya con Ward Blackburn. Cree que podrás hacer el viaje en cuanto te hayas repuesto de «la veintiocho».

—¡Magnífico!

\* \* \*

El coche salón estaba atestado de antiguos alumnos de Cole Porter que lo acompañaban en su viaje a Yale, donde iban a reunirse todos sus condiscípulos en un magno homenaje, pues, ahora, la Universidad sentíase orgullosa del rebelde alumno que tanta gloria le había dado.

Los camareros iban de un lado a otro sirviendo toda clase de bebidas, especialmente alcohólicas.

—Debe de ser maravilloso ser tan popular como él—observó suspirando un camarero.

Luego se acercó a Cole para entregarle un «highball» de «whisky» y observó:

—Hace tiempo que deseaba conocer al culpable de que me encerraran en un calabozo.

—¿En un calabozo?—preguntó Cole.

—Verá usted, cuando estaba en el ejército, me aficioné a aquella canción titulada «No me aprisionen»... pero, sin embargo, el sargento lo hizo y me encerró.

Todos se echaron a reír y uno de los amigos de Cole comentó:

—Ha sido una gran suerte que Porter nos haya podido acompañar.

—En realidad, no debiera haberlo hecho—observó Ward preocupado—; pero ésta es su última escapada por algún tiempo. La operación más importante la sufrirá mañana, temprano.

\* \* \*

En cuanto pudo librarse del comité de recepción, Cole se dirigió a la habitación que le habían destinado. Allí encontró a Monty.

—¡Hola, Yale!—le dijo.

—¡Hola, Yale!—repitió el otro estrechando su mano—. Hemos necesitado muchos años para hacer uso de nuestro billete de ida y vuelta.

—Lo cierto es que hemos hecho muchas paradas en ese viaje—observó Cole.

—Pero ya estamos nuevamente aquí.

—No sé si habrá cambiado mucho.

—Claro que sí. Todo ha cambiado—observó un amigo de Monty que oyó estas palabras—. Fijese en mí.

—No, son los años los que han cambiado; no Yale. La hiedra quizá sea más espesa en los muros, las grietas tal vez sean más profundas. La pista ha substituido al antiguo estadio de madera y se han grabado algunos nuevos nombres en la entrada de Yale. Pero, por debajo, nada ha cambiado. El mismo espíritu, la misma tradición mantenida por hombres que creyeron en Yale y en su país.

Aquella tarde se celebró el homenaje a Cole Porter. Este había tomado asiento en primera fila, junto al rector y a los profesores, algunos de los cuales aun lo recordaban como un muchacha bullicioso y decidido a no prestarles la menor atención.

Monty Woolley subió al escenario, donde se habían agrupado los componentes del coro de Yale y la orquesta formada por los alumnos. Y, visiblemente emocionado, repitió sus palabras de aquella mañana, afirmando que la Universidad no había cambiado en absoluto, que los alumnos podían envejecer y morir, pero que Yale era mucho más que todos ellos: era un símbolo de una cultura y una tradición inextinguible que servía a todos de guía e inspiración.



—Sí, es el mismo Yale de siempre—añadió—y sé muy bien que cuantos se fueron se sienten todavía como una parte de Yale, igual que cuando eran estudiantes del primer año y entraron en este salón. Incluso yo mismo, a pesar de la magnífica hiedra que me adorna—sonrió señalando su barba—, me considero como un profesor retirado de esta Universidad. Y él—exclamó señalando a Cole—es el mismo de siempre: uno de los hijos de Yale, de quien nos sentimos orgullosos. Este es Cole Porter.

Todos aplaudieron a Cole, y éste, apoyándose en sus bastones, tuvo que saludar varias veces, tan emocionado, que no consiguió pronunciar una sola palabra.

Acompañados por el enorme órgano de la Universidad y por la orquesta, los cantores iniciaron el famosísimo «Noche y día», que contribuyó a aumentar la emoción de Cole Porter.

Aquella pieza le recordaba tantas cosas... Era su canción de amor para Linda, la canción que lo volvió a la vida en un lejano hospital, la canción que le hizo conocer a una mujer única, que su egoísmo y soberbia había alejado de su lado...

Incapaz de soportar por más tiempo la angustia que sentía y las lágrimas que luchaban por brotar de sus ojos, Cole salió del enorme salón a respirar un poco de aire puro.

Y, entonces, ocurrió un verdadero milagro que, en el primer momento, creyó producto de su fantasía, acuciada por las emotivas notas del «Noche y día».

Como en aquel día, cuando Linda apareció en el oscuro salón del hospital para escuchar las notas del «Noche y día», la joven se acercaba a él rápidamente, con los brazos abiertos.

Cole Porter la abrazó estrechamente, dándose cuenta de que era, realmente, Linda la que tenía sobre su corazón.

Y sólo pudo murmurar:

—Tú...

FIN



## EDICIONES BIBLIOTECA FILMS (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Guadalupe con la que ha- caso . . . . .	Michael Rodgrave
Por la dama y el honor . . . . .	Paul Lukas
El día de mi quince . . . . .	Carlos Gardel
Maria Stuarda . . . . .	K. Hepburn
El profeta millonario . . . . .	Gené Raymond
Los peloteros de la gloria . . . . .	James Cagney
La bella rebelde . . . . .	Ann Southern
Buscando fama . . . . .	Don Ameche
Una mujer imposible . . . . .	Jenny Jago
El hombre del Nígar . . . . .	Victor Francen
Extraños en luna de miel . . . . .	Hugh Sinclair
Prato dorado . . . . .	Cable - Colbert
Andrés Harvey, tenorio . . . . .	Mickey Rooney
El secreto del marqués . . . . .	Armando Falconi
Iróné . . . . .	Ana Neagle
Una hora en blanco . . . . .	Franchot Tone
La batalla . . . . .	Charles Boyer
La familia Robinson . . . . .	F. Bartholomew
El valle del sol . . . . .	I. Craig, L. Ball, A. Moreno
Quien conquista a la mujer . . . . .	M. Hopkins
Casados sin caso . . . . .	Menjou-P. Negri
La mujer de las dos ca- sas . . . . .	Greta Garbo
Luna llena . . . . .	I. MacDonald
La hora radiante . . . . .	Joan Crawford
El signo de la cruz . . . . .	Fredrich March
Cuando ellas se encuen- tran . . . . .	Joan Crawford
El rapto de Laura . . . . .	Joan Fontaine
Una chica se divierte . . . . .	Joan Arthur
El Club 40 . . . . .	Anna Shirley
Una mujer endiablada . . . . .	Lupe Vélez
La vuelta del Bana. Ba- sada en la novela de Edgar Wallace . . . . .	Victor MacLaglen
El gran jefe . . . . .	Fernando Soler
Cuando los hijos se van . . . . .	Ronald Colman
Otra vez más . . . . .	Diana Durbín
La hermanita del ma- verdoso . . . . .	William Holden
Juventud ambiciosa . . . . .	Ch. Laughton
El sospechoso . . . . .	Diana Barrimore
Matrimonio de inconve- niencia . . . . .	Joan Arthur
Una chica afortunada . . . . .	Diana Durbín
La dama del tran . . . . .	Isa Miranda
Documento 2, 3 . . . . .	C. Colbert
Zazá . . . . .	

## «Nueva serie» 3 ptas.

Olivia . . . . .	K. Hepburn
El duque de West Point . . . . .	Joan Fontaine
El nuevo Zorro . . . . .	John Carroll
Rutas infernales . . . . .	John Wayne
Hombres intrépidos . . . . .	John Wayne
Kit Carson . . . . .	John Hall
La ruta del Este . . . . .	John Avy
¡Crimen o suicidio! . . . . .	Paul Kelly
¡Qué lindo es Michae- lson! . . . . .	Tito Guizar

## «Serie especial» 3'50 ptas.

Cuando quiero un mexi- cano . . . . .	
Así se quiere en Jalisco . . . . .	Jorge Negrete
Diagn. Banderas . . . . .	Jorge Negrete
Perjuicio . . . . .	Jorge Negrete
Jorge Negrete (Biosgra- fia) . . . . .	Jorge Negrete
La cámara diabólica (1. <sup>a</sup> parte) . . . . .	Flash Gordon
El rayo de la muerte . . . . .	Flash Gordon
(2. <sup>a</sup> parte) . . . . .	
La Doloresa . . . . .	Arturo Cordero
Tarzan de las fieras . . . . .	Buster Crabbe
La madrina del diablo . . . . .	Jorge Negrete
Sargento York . . . . .	Gary Cooper
Seda, sangre y sol . . . . .	Jorge Negrete
Una carta de amor . . . . .	Jorge Negrete
Una mujer internacional . . . . .	George Brent
Mi novio está loco . . . . .	Dennis O'Keefe
¡Ay Jalisco, no te rajés! También somos seres humanos . . . . .	Jorge Negrete Burgess Meredith
La venganza de Lagar- dore . . . . .	Jorge Negrete
Gemino de sacramento . . . . .	Jorge Negrete
Destino . . . . .	Ingrid Bergman
Extraña mujer . . . . .	Hedy Lamarr
La dama de la frontera . . . . .	Yvonne de Carlo
Morenito Clara . . . . .	Evita Muñoz (Chachita)
Montecassino . . . . .	Ubaldo Lay

## «Serie especial» 4 ptas.

El Ametrallador . . . . .	Pedro Infante
¡Viva mi desgracia! . . . . .	Pedro Infante
Como México no hay dos . . . . .	Tito Guizar
1 hora . . . . .	Stil Jarrel

## BIBLIOTECA CINE NACIONAL

### «Serie especial» 4 ptas.

Don Quijote de la Man- cha . . . . .	Rafael Rivallés
---	-----------------

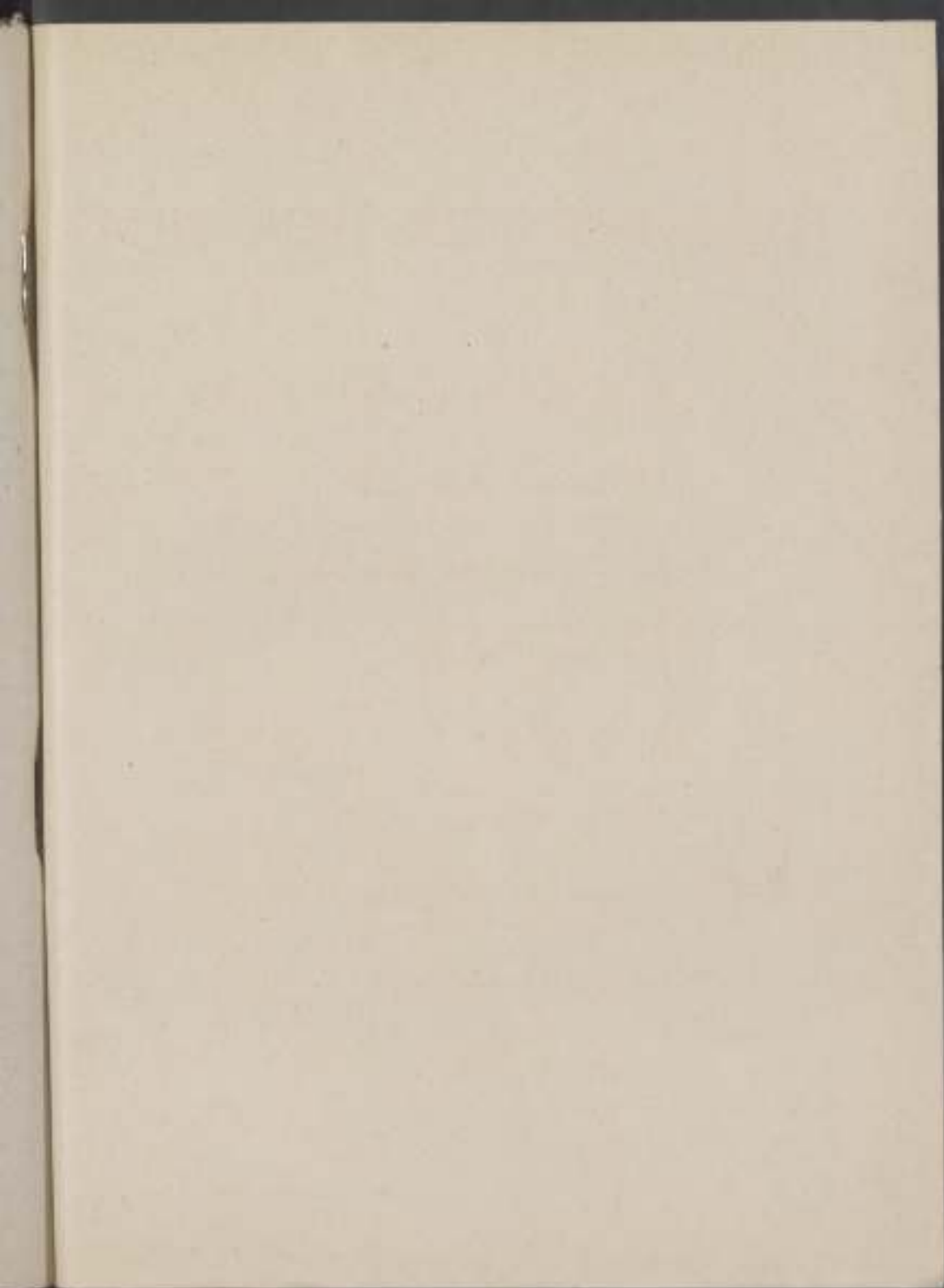
## SELECCION BIBLIOTECA FILMS

1'25 ptas.

A la tina y al flmón . . . . .	Miguel Ligero
La Parrala . . . . .	Maruja Tomás
Verbena . . . . .	Maruja Tomás
Rosa de Africa . . . . .	Tomás - Modine
Noche de engaño . . . . .	A. Nazzari
Cautivo del deseo . . . . .	Leslie Howard
Flor de espino y praga- nos de Albaicín . . . . .	Gracia de Triana
Tu legación . . . . .	Roberto Rey
Buenas noches . . . . .	María L. Geronzi
Oleña . . . . .	Roberto Rey

## CELEBRIDADES DEL CINEMA

Charles Boyer (Colec- ción de 8 postales) . . . . .	75 cént.
--	----------



# Ultimas Novedades

de

## EDICIONES BIBLIOTECA FILMS



4 Ptas.

Hombres de presa

John Wayne

El mundo celestial

Hedy Lamarr

El ahijado de la muerte

Jorge Negrete

Los tres García

Pedro Infante

El Verdugo

Margarita Andrey

Noche eterna

Henry Fonda

Pasión que redime

Hedy Lamarr

Nunca la olvidaré

Irene Dunne

Noche y día

Gary Grant

El Barco de la Muerte

Glenn Ford